

CLARA ANN SIMONS

Doctora Anderson



Doctora Anderson

Clara Ann Simons

Doctora Anderson
Clara Ann Simons

Copyright © 2024 por Clara Ann Simons.
Todos los Derechos Reservados.
Registrado el 2/08/2024 con el número 2408028967271

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

La portada aparece a efectos ilustrativos, cualquier persona que aparezca es una modelo y no guarda ninguna relación en absoluto con el contenido del libro, con su autora, ni con ninguno de los protagonistas.

Para más información, o si quieres saber sobre nuevas publicaciones, por favor contactar vía correo electrónico en claraannsimons@gmail.com

Twitter: @claraannsimons1
Instagram: claraannsimons
Tiktok: @claraannsimons

Me gustaría agradecer la ayuda de Maysun Halah Bañón y Carmen Colorado Ferreira por su infinita paciencia mientras escribía este libro. Sin ellas, el resultado no habría sido el mismo.

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Epílogo](#)

[Otros libros de la autora](#)

Capítulo 1

Lucy

Un ruido seco resuena en todo el gimnasio, seguido de un grito desgarrador que jamás olvidaré.

Mi corazón se detiene al ver a mi hija desplomarse sobre la colchoneta de las barras asimétricas. Se lleva inmediatamente la mano al tobillo derecho, retorciéndose de dolor.

Grito, prácticamente salto de mi asiento en las gradas. El mundo a mi alrededor se desdibuja mientras bajo corriendo los escalones en dirección a Hailey.

El olor a sudor inunda mis fosas nasales al abrimme paso entre la multitud de jóvenes gimnastas que la miran petrificadas. En mi confusión, choco contra uno de los cubos de tiza y el carbonato de magnesio se extiende por el suelo como si fuese nieve. Melissa, su entrenadora, ya se encuentra arrodillada junto a ella y la expresión de su rostro no augura nada bueno.

—¡No la muevas! —chillo como si me hubiese vuelto loca.

Caigo de rodillas junto a mi hija y la abrazo impotente. Ha perdido el color, las lágrimas ruedan por sus mejillas y hasta juraría que sus pecas se han vuelto más tenues.

—¡Necesitamos una ambulancia ya! —exige Melissa, que se ha puesto a discutir con el representante de la federación.

Un nutrido grupo de gimnastas susurran alrededor.

—¿Has visto cómo ha caído?

—Iba a ganar fácil. No me puedo creer que esté pasando —añade una segunda.

—Se va a perder las pruebas para el equipo olímpico. Vaya faena —sisea una tercera y a mí se me hiela la sangre.

Quiero gritarles que se callen. Si por mí fuera, me levantaría ahora mismo y les daría un tortazo, pero sé que mi hija no me lo perdonaría jamás... y posiblemente no me dejarían volver a entrar en una competición de gimnasia.

—Vas a estar bien, ¿vale? La ambulancia ya está de camino —le aseguro, intentando mantener la calma, aunque me rompo por dentro.

—Mamá, las pruebas para el equipo olímpico son en tres meses. No me las puedo perder... y si... ¿Y si está roto? —pregunta, mordiendo su labio inferior mientras deja escapar más lágrimas.

Ha entrenado duro desde que tenía cinco años. Hemos viajado por todo el país para acudir a competiciones. He gastado un dineral en los mejores entrenadores hasta que entró en los programas de seguimiento de la federación. Hemos colocado su rendimiento deportivo por delante incluso de su formación académica... por delante de mi matrimonio.

—Respira conmigo, Hailey. Inspira y espira... despacio.

—Si me pierdo las pruebas para el equipo olímpico...

—Shh, te verán los mejores médicos. Estarás en plena forma, ya lo verás —aseguro, aunque yo misma no estoy convencida.

—Eres dura como una piedra, chiquilla, saldrás de esta —insiste su entrenadora.

Hailey trata de esbozar una sonrisa, pero el terror en sus ojos es más de lo que puedo soportar y debo apartar la mirada para ocultar mis lágrimas. La idea de que miles y miles de

horas de entrenamiento y sacrificio puedan irse a la mierda en un instante es insoportable.

Trato de hablar con mi hija, de distraerla de su dolor. Le cuento historias tontas de su infancia mientras llega la ambulancia, le recuerdo todos los obstáculos que ha debido superar para llegar al nivel que tiene ahora.

Fuera del gimnasio se escucha el sonido de una sirena. Pronto, gritos, alboroto, las gimnastas se hacen a un lado, pero en vez de alivio, me recorre una oleada de ansiedad.

Es real. Está sucediendo.

—Joder, sí que sabes llamar la atención del público, ¿eh? —bromea Zoe, su mejor amiga desde que tenían siete años.

Hailey intenta reír, pero solamente se convierte en una mueca de dolor. Aun así, agradezco de manera infinita su presencia. Intenta aportar una sensación de normalidad para que mi hija se olvide durante una fracción de segundo de que su opción de participar en unos Juegos Olímpicos puede haberse ido a la mierda.

—Vamos a inmovilizarla antes de moverla —anuncia un enfermero fuerte de tez morena—. Es solamente por precaución, pero da un poco de miedo. ¿Es usted su madre?

—Sí.

—Muy bien. Sabe que no puede venir con nosotros en la ambulancia, ¿verdad? Pero no se preocupe, estará bien atendida —añade.

—¡Espere! ¿A qué hospital la llevan? —chillo.

—Al Watson Memorial —responde antes de cerrar la puerta del vehículo.

Violet

—¡Cuidado!

El grito atraviesa la sala mientras palpo el tobillo. Pero no es la chica quien protesta, es su madre.

—Señora, ya es la tercera vez que se lo digo. Tiene que tranquilizarse y dejarme trabajar —insisto, dejando escapar un bufido de frustración.

—Mamá, por favor —ruega la gimnasta que parece estar más preocupada por los aspavientos de su madre que por el dolor.

—Pero ¿está roto? Por favor, no puede estar roto —masculla nerviosa, empujando a una de las enfermeras para estar más cerca de su hija.

Respiro hondo y me obligo a mantener la calma. Yo no tengo la paciencia de Iris y esta mujer me está sacando de quicio. En cuanto palpo el tobillo hinchado, la chica se retuerce de dolor, aunque, de nuevo, es la madre la que grita.

—Joder —murmuro, negando con la cabeza mientras una de las enfermeras trata de esconder su risa—. Hailey, necesito que te relajes. ¿Puedes mover los dedos del pie? —inquiero alzando las cejas.

La chica asiente rápidamente y muestra que puede hacerlo. Bien, al menos no hay daños en los nervios. Posiblemente, tampoco en los tendones que permiten ese movimiento.

—Las pruebas para formar parte del equipo olímpico son dentro de tres meses. Tiene que estar preparada, no podemos...

Ni siquiera escucho cómo sigue la frase. Ya me lo ha dicho al menos diez veces, como si fuese a tratar de manera diferente la lesión por esas pruebas. Quizá podría acelerar algo la recuperación, poner algunos parches, pero ¿a qué precio? La chica tiene dieciséis años, por el amor del cielo. No merece la pena arriesgarse a una lesión crónica cuando sea adulta.

—¿Me está escuchando, doctora? —insiste.

—¡Ya está bien! —exclamo, alzando la voz más de lo que sería necesario—. Si no puede

estarse callada mientras examino a su hija voy a tener que pedirle que abandone mi consulta.

La madre cierra la boca de golpe, pero casi puedo sentir las oleadas de ansiedad que desprende. Al menos, se ha quedado callada.

El tobillo está caliente al tacto y comienza a adquirir un color morado en algunas zonas.

—Muy bien, Hailey, dime lo que te ha pasado. Por lo que veo estabas en una competición de gimnasia.

—Estaba ejecutando la rutina en las barras asimétricas y perdí el agarre de la mano derecha, pisé mal al caer sobre la colchoneta y todo mi peso cayó sobre el tobillo.

—¿Y el dolor? En una escala de uno al diez, ¿cuánto dolor sientes? Ya sé que los deportistas tenéis el umbral del dolor algo más elevado, pero inténtalo —solicito, apretando ligeramente su rodilla para que se tranquilice.

—Creo que ocho, quizá nueve. Me duele mucho —afirma, desviando la mirada hacia su madre.

—Muy bien, vamos a hacerte una serie de pruebas. Creo que se puede descartar una fractura que es lo que más me preocupaba, pero necesito una resonancia magnética para ver si hay daños en los ligamentos.

—¿Daños en los ligamentos? Eso podría tardar meses en curarse —interrumpe la madre, acercando la cara al tobillo como si sus ojos pudiesen hacer la función de una resonancia magnética.

—¿Qué habíamos dicho de estar callada?

—Mamá, por favor, deja que la doctora Anderson haga su trabajo —ruega la chica.

Le lanzo una sonrisa de agradecimiento antes de volverme hacia su madre. Me cae mal, lo reconozco. Parece una de esas madres histéricas que pretenden vivir a través de sus hijos lo que ellas no pudieron experimentar. Pero, aun así, hay algo en ella que me llama la atención. Dentro de su estado de preocupación extrema, no puedo dejar de fijarme en lo guapa que es. Su pelo se escapa de un moño desordenado y tiene unos ojos azules preciosos. Parece estar en una forma excelente, lástima que sea tan gilipollas.

—Comprendo que esas pruebas para formar parte del equipo olímpico son importantes —susurro dirigiéndome a ella como una especie de ofrenda de paz.

—Importantísimas —corrige.

—Vale, muy bien, importantísimas. Lo entiendo, pero usted debe entender que mi trabajo es asegurarme de que el tobillo de su hija se cura bien, evitar cualquier secuela a largo plazo, no cumplir los plazos de una competición. ¿Lo comprende?

No me responde. Se tensa, traga saliva nerviosa y retira la mirada. Me pregunto si estoy a tiempo de pasar el caso a alguna compañera.

—Quiero lo mejor para su hija, pero hasta que no vea los resultados de la resonancia magnética no puedo saber el alcance exacto de la lesión. Ahora, se la van a llevar. Usted no puede entrar con ella —le recuerdo—. Lo mejor es que espere en la cafetería y que Hailey la llame por teléfono cuando acabemos.

—Esperaré fuera de la sala de radiología —exige—. No voy a dejar sola a mi hija.

Prefiero no discutir. Me encojo de hombros y le hago una mueca al celador para que se lleve a Hailey. Su madre camina tras ellos, pero, antes de subir al ascensor, se gira y me dedica una mirada extraña.

No sé, quizá estoy imaginando cosas.

Capítulo 2

Lucy

Odio a la doctora que trata a mi hija con cada fibra de mi ser. Esa carita de no haber roto nunca un plato, su tono condescendiente, su cola de caballo perfectamente peinada... su ridículo plan que está a punto de arruinar la vida de Hailey. No sé si quiero gritar o pegarle un puñetazo que rompa esa bonita nariz, pero cada una de las miradas de mi hija me recuerda que debo mantener la calma aunque me hierva la sangre.

—¿Cómo que nueve semanas? —repito por tercera vez—. No sé si ha comprendido la parte en la que le explico que las pruebas para elegir el equipo olímpico son en doce semanas. Hailey necesita estar de vuelta en sus entrenamientos al menos en la mitad de tiempo.

Apenas se inmuta y eso es lo que más me molesta. Hace ademán de poner los ojos en blanco, aunque se mantiene fría como un témpano de hielo, sus brazos cruzados sobre esa bata blanca, impoluta y perfectamente planchada. Es como estar delante de la jodida imagen de doña perfecta.

—Entiendo su frustración —responde por fin, manteniendo una sonrisa que me gustaría borrar de sus labios de un tortazo—. Sin embargo, apresurar la recuperación de su hija podría provocar secuelas a largo plazo y debemos evitarlo a toda costa.

—¿A largo plazo? —repito incrédula—. No habrá un largo plazo si se pierde las pruebas para el equipo olímpico. Toda su vida se irá a la mierda. ¿Le parecen pocas secuelas? —Joder, es que esta mujer no entiende nada de lo que le digo.

Mi hija se lleva una mano a la frente y masajea la sien.

—Mamá, quizá sea mejor escuchar a la doctora y...

—¡No! —interrumpo, alzando una mano para que se calle—. Hailey, estás muy nerviosa y no puedes pensar con claridad. Has trabajado demasiado duro durante toda tu vida para conseguir esta oportunidad y no vamos a dejar que un pequeño esguince de tobillo lo eche todo a perder.

—Es un esguince de grado tres con desgarró parcial de ligamentos, no es un pequeño esguince. Se trata de una lesión que requiere una rehabilitación adecuada y más en el caso de una deportista de élite —murmura la doctora Anderson.

—Mi hija está acostumbrada al sacrificio y a entrenar con dolor —rebato—. Si detenemos los entrenamientos cada vez que tiene una molestia, no entrenaría nunca. ¡Cómo se nota que no conoce el deporte de competición! —bufó.

—Señora Fitzgerald —corta la enfermera—. Tratamos de continuo a deportistas profesionales y...

—Tonterías —la corto—. Hablaré con la jefa de cirugía, una tal doctora Arya Kumari si no me equivoco —insisto—. No voy a dejar que esto se quede así. No están comprendiendo el alcance de su trabajo.

La doctora Anderson respira hondo y deja escapar una gran cantidad de aire antes de comenzar a hablar de nuevo. Sin duda, no le ha gustado la idea de que hable con su jefa. Seguramente, con esa actitud habrá tenido problemas antes con sus superiores.

—Permítame explicarle de nuevo el plan de recuperación de Hailey —expone con un

tono de voz insultantemente tranquilo—. Luego, si lo desea, puede hablar con la doctora Kumari y quejarse todo lo que quiera. Durante la primera semana nos centraríamos en reposo, hielo, comprensión y elevación, lo que se conoce como el protocolo RICE. Esto ayudará a controlar el dolor y la inflamación del tobillo.

—No hace falta tener la carrera de medicina para deducir eso —resoplo—. Una semana sentada sin hacer nada. Fantástico.

La doctora parece ignorar mi comentario y continúa con su tono tranquilo.

—A continuación, comenzaríamos con ejercicios suaves de amplitud de movimientos, progresando de manera gradual hacia el fortalecimiento. Ya en la sexta semana, más o menos, deberíamos poder introducir algunos entrenamientos específicos de su deporte, aunque de modo suave, para ir probando la resistencia de ese tobillo.

—¿Seis semanas? —exploto incrédula, llevándome las manos a la cabeza—. Pero ¿qué parte de las pruebas son en doce semanas no entiende? Eso no le deja tiempo para ponerse en forma.

—Le repito que si lo aceleramos corremos el riesgo de lesiones a largo plazo. Debemos ser inteligentes.

—Pues no veo dónde está lo de ser inteligentes cuando vamos a tirar toda una vida de entrenamientos por la borda —protesto.

—Mamá, por favor —interrumpe Hailey, cogiendo mi mano para apretarla.

—No te preocupes, cariño. Buscaremos otro médico, alguien que entienda de verdad lo que necesita un deportista de alto nivel. Es muy fácil dejar que una lesión se cure ella sola, ¿verdad, doctora Anderson? —pregunto en tono irónico.

Por unos instantes se queda callada, sin palabras. Estoy segura de que por fin he conseguido meter un poco de sentido común en esa cabeza de chorlito. La verdad, no entiendo cómo se ha podido sacar el título de medicina, así que aprovecho para seguir exponiendo mis argumentos.

—Escuche, doctora —continúo—. Estoy segura de que lo hace con buena intención, pero no conoce a mi hija. Aunque parezca pequeña para su edad, es muy fuerte. Sabe adaptarse al dolor y su fortaleza mental es...

—Señora Fitzgerald —me interrumpe, alzando ligeramente la voz por primera vez—. A los ligamentos de su hija les importa una mierda su fortaleza mental. No dudo de que sea muy fuerte, la gimnasia es uno de los deportes más duros que existen, pero su tobillo necesita tiempo para sanar y punto. Estoy segura de que si busca lo suficiente, encontrará a alguien que le dé una solución en menos tiempo, pero se arriesga mucho a crear un problema mayor del que ya tiene.

—¡Hailey, nos vamos de aquí! —anuncio, colocándome detrás de la silla de ruedas de mi hija.

Pero, antes de que me quiera dar cuenta, la doctora Anderson sujeta mi antebrazo y, por algún motivo que desconozco, el tacto de su piel me produce una sensación extraña, casi reconfortante.

—Sé que está asustada y que quiere lo mejor para su hija; sin embargo huir de este despacho no cambiará la realidad de la lesión de Hailey. Si no está contenta conmigo, puedo pedir que otra persona se ocupe del caso, pero, por favor, no tome una decisión precipitada que pueda poner en peligro su futuro —agrega, desviando la mirada hacia mi hija.

—Mamá, deberíamos escucharla, por favor —me recuerda Hailey.

La doctora sonrío, seguramente piensa que ha ganado la batalla solo porque mi hija no

quiere discutir.

—Si sirve de algo, en ningún momento he dicho que las pruebas para elegir el equipo olímpico estén descartadas. Diseñaríamos ejercicios para mantener la fuerza de los músculos al mismo tiempo que recuperamos los ligamentos, pero necesitamos abordar la recuperación paso a paso —explica.

—¿Llegaría a tiempo? —pregunto sorprendida.

—No hay garantías, pero creo que sí. Los deportistas jóvenes suelen llevar muy bien los ejercicios de recuperación. Yo apostaría por Hailey —afirma sonriendo... y menuda sonrisa. Lástima que sea la viva imagen de la negatividad. Además de una gilipollas.

Mi hija le hace varias preguntas sobre el plan de entrenamiento y me sorprende a mí misma estudiando sus rasgos más de cerca. Le explica los detalles con pasión y hay algo en la expresividad con la que mueve las manos que me hipnotiza.

—Señora Fitzgerald, ¿está de acuerdo? —pregunta de pronto.

—¿Qué?

—Mamá, que si estás de acuerdo con el plan de recuperación —insiste Hailey.

—Eh, sí, sí, está bien —respondo confusa, pese a haberme perdido una parte de la explicación.

—Muy bien, pues ahora tan solo queda rellenar algo de papeleo en la recepción y tendremos a Hailey compitiendo de nuevo en un abrir y cerrar de ojos. Me encantará verte por la televisión en los Juegos Olímpicos, campeona —agrega, guiñando un ojo a mi hija de manera adorable.

—Gracias, supongo —mascullo sin estar convencida.

—Nunca me rindo con mis pacientes, señora Fitzgerald, es algo personal, no importa lo testarudas que puedan ser sus madres —bromea, dedicándome de nuevo esa sonrisa que... Mierda, mejor salgo de este despacho cuanto antes.

Capítulo 3

Lucy

Casi escondida tras la puerta para no molestar, observo cómo mi hija aprieta los dientes y consigue dar otro paso hacia delante. Aprieta las barras paralelas de la zona de recuperación hasta que sus nudillos se quedan blancos y a mí se me forma un nudo en el estómago al verla sufrir de ese modo.

—Eso es, Hailey. Lo estás haciendo genial, campeona —anima la doctora Anderson que no se ha separado ni un momento de ella desde que empezó la sesión de hoy.

Mi hija sonríe y, por un instante, me gustaría salir corriendo para abrazarla, aunque me obligo a permanecer clavada en mi sitio y dejar que la doctora y la fisioterapeuta hagan su trabajo. Aun así, la marca que mis uñas me dejan en la piel es testigo de lo mal que lo estoy pasando.

Un nuevo intento, su rostro se contorsiona en una mueca de dolor y un gemido se escapa de sus labios

—Mierda, joder —masculla entre dientes al apoyar el pie en el suelo.

—Vamos a hacer un descanso —anuncia la doctora, ayudando a Hailey a sentarse en una de las sillas y tomando asiento junto a ella—. Lo estás haciendo muy bien, de verdad —le asegura.

Mi hija se desploma en su silla y deja escapar un soplido.

—No veo que esté progresando —protesta, flexionando los dedos de los pies.

—Lo estás haciendo genial, cariño —grito desde la puerta, para disgusto de mi hija, que me dedica una mirada asesina. Cosas de adolescentes, supongo. Antes, este tipo de cosas no le importaban.

—Me sigue tratando como si tuviese cinco años —refunfuña en voz baja, tratando de que no la escuche.

Oír sus palabras es como si una daga atravesase mi corazón. Para mí, sigue siendo mi niña. Una parte de mí está orgullosa de la adolescente en la que se está convirtiendo, pero, aunque me cueste admitirlo, otra parte no quiere que crezca.

—¿Por qué no me dices cómo te sientes? —inquire la doctora Anderson—. Me refiero a cómo te sientes de verdad, no a lo que crees que debes decir.

Por un instante, Hailey se queda en silencio y, de pronto, algo en ella se desmorona y las palabras comienzan a brotar como si se acabase de romper una presa.

Entre lágrimas, le cuenta sus miedos, sus sacrificios, cómo se siente presionada desde que era una niña para no decepcionarme. Cosas que a mí nunca me ha dicho.

La doctora Anderson se inclina hacia ella y la abraza. Sonríe mientras seca las lágrimas que ruedan por las mejillas de mi hija, aunque quisiera ser yo la que estuviese a su lado y no ella.

—Voy a presentarte a dos personas que son muy especiales para mí. Ambas han pasado por una lesión antes de una competición muy importante, lesiones mucho más graves que la tuya. Creo que te vendrá muy bien hablar con ellas —anuncia, sacando su teléfono móvil para marcar un número.

Yo no sé a mi hija, pero a mí la espera se me hace insoportable. Entro de nuevo en la sala

de recuperación y finjo estar muy interesada en los equipos que allí tienen, aunque la mirada que me dirige Hailey, mezcla de molestia y ansiedad mal disimulada, es suficiente para que vuelva a salir.

—Hailey, ¿verdad? —pregunta una mujer morena que acaba de entrar por otra de las puertas—. Violet me ha hablado mucho de ti, soy la doctora Iris Ramírez.

La nueva doctora le cuenta su historia personal. Sin embargo, no sé si es mejor escucharla o no hacerlo porque a mí me está dejando la moral por los suelos. Relata que ella también participó en unas pruebas para determinar el equipo olímpico, en su caso en triatlón, aunque tuvo una lesión muy grave que acabó con su carrera y desde entonces se dedica a la cirugía de deportistas.

—¿Y qué hiciste cuando tuviste la lesión? —pregunta Hailey sorprendida.

—Lloré. Lloré mucho, como me imagino que has llorado tú también —admite la doctora Ramírez—. Me enfadé con el universo, no entendía mi mala suerte, quise rendirme por completo. Pero luego —se inclina hacia adelante y coge las manos de mi hija—. Canalicé mi enfado y mi determinación hacia un nuevo sueño. No te voy a mentir, me hubiese gustado mucho competir en los Juegos Olímpicos, pero sin esa lesión, no habría conocido a la persona más importante de mi vida.

En ese instante hace una seña hacia otra mujer y la cara de mi hija cambia por completo. Abre los ojos y se lleva una mano a la boca, como si acabase de ver algún tipo de fantasma.

—Sabes quién es, ¿verdad? —inquire la doctora Anderson.

—Joder, Anna Forling, la futbolista —susurra Hailey, mirando sorprendida y sin saber cómo reaccionar.

—Hace tan solo unos meses yo estaba en el mismo lugar que tú. Bueno, espero que tú te estés portando mejor, porque reconozco que yo fui insoportable con la recuperación de mi rodilla. ¿Verdad, Michelle? —pregunta a la fisioterapeuta, que pone los ojos en blanco antes de asentir, provocando una carcajada en mi hija.

—Pero te recuperaste del todo, ganaste la liga —corta Hailey.

—Así es. Me costó mucho escuchar, muchos días me desesperaba, quería tirar la toalla, pero ahora sé que estaba en las mejores manos posibles. No vas a encontrar mejores doctoras para curar ese tobillo —admite.

—Joder, no me lo puedo creer —suspira mi hija, sacando su teléfono móvil y pidiendo por favor hacerse unas fotos para su cuenta de Instagram.

—Así que no te rindas, porque quiero verte en la Villa Olímpica y repetir estas fotos contigo, ¿vale? —concluye la jugadora de fútbol antes de abandonar la sala cogida de la mano de la otra doctora.

Hailey revisa la pantalla de su móvil y no pierde tiempo en subir un par de fotos a las redes.

—¡Joder, Violet! Me acaba de seguir, no me lo puedo creer —masculla nerviosa—. ¡He conocido a Anna Forling y ahora me sigue en Instagram! ¿No es lo máximo?

Se abraza a la doctora Anderson, comentan algo que no consigo escuchar. Se ríen. Y, en ese instante, no puedo evitar que se me escape una sonrisa boba al observar la complicidad que esa mujer está logrando con mi hija.

Capítulo 4

Violet

—Doctora Anderson —la jefa de enfermería llama mi atención haciendo una seña cuando regreso del quirófano—. Se trata de Lucy Fitzgerald, la madre de la gimnasta —anuncia—. Se presentó aquí hace unos cinco minutos e insistió en hablar con usted. La he pasado a su despacho.

La enfermera Chen concluye con un gesto como diciendo “yo no soporto a esa mujer, lidia tú con ella” y no puedo evitar que se me escape un pequeño soplo.

Al llegar al despacho, me la encuentro sentada al borde de una silla, tamborileando sus dedos sobre la mesa con un ritmo impaciente. Todo en ella parece ser impaciente.

—Doctora Anderson —se levanta de la silla como un resorte en cuanto me ve entrar—. Espero que no le parezca mal que me haya presentado sin avisar.

—Supongo que se trata de algo muy urgente —suelto alzando las cejas y dejando claro un tono de ironía en la voz.

—Bueno, sí... realmente...

Hace una breve pausa, pero pronto me suelta una de sus típicas e interminables retahílas de preguntas sobre la rehabilitación de su hija. Las palabras salen a veces de manera atropellada de su boca, supongo que por la tensión. La frase “pruebas para elegir el equipo olímpico” se repite de manera constante.

Las sombras alrededor de sus ojos me indican que no está durmiendo bien y por un momento, dudo si recetarle algo que calme su ansiedad de manera temporal, porque a este ritmo acabará poniendo nerviosa a la chica.

—La federación de gimnasia no ha cambiado las fechas de esas pruebas, ¿verdad? —corto cuando ya no puedo más.

—No, claro. Sigue siendo la misma fecha.

—Y entiendo que esa competición no tiene patas, ni voluntad propia para cambiarse a sí misma de fecha.

La madre de Hailey me mira confusa, sin entender mi ironía. Creo que últimamente paso demasiado tiempo con Arya.

—Señora Fitzgerald, le digo lo mismo que le he dicho la última vez que nos vimos. Vamos por el buen camino. Hailey es una chica muy fuerte y colabora en todo lo que le pedimos. Progresamos todo lo rápido que podemos, aunque siempre teniendo en cuenta no hacer nada que pueda poner en peligro su salud a largo plazo. No hay razón para preocuparse.

Creo que ha sentido un tono más tenso en mi voz. Acabo de salir de una cirugía que se torció un poco y estoy algo cansada.

—Sé que a veces me pongo pesada —admite—. Pero es que hemos dedicado tanto tiempo a los entrenamientos de Hailey. Ha sido tantísimas horas de esfuerzo que si se pierde esas pruebas...

Sigue hablando de todo el proceso en plural, como si ella estuviese entrenando junto a Hailey, a pesar de que sé que no es su entrenadora. Eso refuerza mi idea inicial de que es una de esas madres que pretenden vivir a través de sus hijos las experiencias que ellas no

tuvieron. Aun así, me da pena la ansiedad por la que está pasando, así que decido echarle una mano.

—¿Qué tal si cada vez que venga Hailey al centro de recuperación a trabajar con los fisioterapeutas tenemos una pequeña reunión y le pongo al día de todo? ¿Le parece bien, señora Fitzgerald? —propongo, muy a mi pesar. No se puede ser tan buena persona.

Ella asiente rápidamente con la cabeza y abre los ojos de par en par, como si le acabase de alegrar el día.

—Por favor, llámeme Lucy —suspira.

—Pues, entonces, y ya que nos vamos a ver muy a menudo, es mejor que empecemos a tratarnos de tú, supongo. Puedes llamarme Violet.

En cuanto termino la frase, escucho las palabras de Jackie Stone en mi cabeza diciéndome que ese tipo de cosas suele acabar muy mal. Quizá no debí hacerlo.

Mientras nos despedimos, comienzo a notar cosas en las que antes no había reparado. Los hoyuelos que se forman a ambos lados de su boca mientras sonrío o la forma en la que acaricia su mejilla con el reverso de la mano cuando está pensativa. Lástima que su carácter la descarte por completo.

Durante los siguientes quince días, Lucy se pasa por mi despacho al menos dos veces por semana. Son reuniones breves, tal como le había prometido. Hailey está mejorando a pasos agigantados, el equipo de fisioterapeutas está muy contento con ella. Es una chica con una disciplina férrea, que tiene las ideas muy claras. La parte positiva es que la ansiedad de su madre parece estar remitiendo.

—¿Y esto? —pregunto confusa cuando observo que Lucy deposita sobre mi mesa de despacho un café con leche y un trozo de tarta de arándanos.

—Bueno, en la última reunión mencionaste que hoy tenías una cirugía a primera hora de la mañana, así que he supuesto que no has tenido tiempo para un buen desayuno. El segundo día de fisioterapia estuviste hablando con Hailey de vuestras comidas favoritas, supongo que para calmarla, y le dijiste que te gustaba la tarta de arándanos. La he hecho para ti, receta casera. Espero que te guste —añade forzando una sonrisa nerviosa.

—¿Siempre... siempre recuerdas ese tipo de cosas?

—Lo siento, sé que a veces es un poco perturbador, pero no puedo evitarlo —reconoce—. Me fijo en esos detalles.

—No, no...está bien. Tu pareja debe estar encantada, siendo tan detallista —bromeo, tratando de rebajar la tensión.

—Mi pareja voló hace años, cuando Hailey tenía nueve —masculla, bajando la mirada.

—Vaya, lo siento.

—Supongo que es mejor así. Eran peleas constantes que estaban distrayendo a Hailey de sus entrenamientos.

Sonrío, pero, de nuevo, menciona los entrenamientos de Hailey, incluso dentro de su separación. No sé si es capaz de darse cuenta de que con dieciséis años, quizá debería empezar a dejar que vuele sola.

Mientras repasamos los progresos de su hija, los ojos de Lucy se detienen en un libro que asoma por debajo de la pila de publicaciones médicas en mi escritorio.

—¿Lo espléndido y lo vil de Erik Larson? ¿Te gusta la Segunda Guerra Mundial? —pregunta sorprendida.

—No es que tenga un montón de tiempo para leer, pero siempre fue un tema que me

llamó la atención —admito.

—Guau, es uno de mis temas favoritos. De hecho, estoy preparando una unidad sobre Churchill para mis clases de historia del próximo semestre.

Antes de que me quiera dar cuenta, comienza a hablarme del bombardeo de Londres y de cómo piensa estructurar las clases para sus alumnos. Su expresión se relaja y, por unos instantes, hasta parece una persona diferente. Sonríe constantemente, muerde su labio inferior de un modo adorable y... joder, tengo que hacer un esfuerzo para no suspirar cada vez que lo hace.

—¡Madre mía! —dice de pronto, mirando el reloj—. Te juro que solo pretendía robarte un cuarto de hora y mira lo tarde que se nos ha hecho.

—Tranquila, no pasa nada —me apresuro a asegurar.

—Te lo compensaré con una tarta de arándanos para ti sola, ¿qué te parece? Quizá podríamos quedar algún día y continuar nuestra conversación en un lugar más tranquilo —propone de pronto y yo solamente consigo asentir como una tonta.

A continuación, hace un comentario sobre la mermelada de arándanos que acaba convirtiéndose en otro comentario, esta vez algo salido de tono y las dos nos reímos sin darnos cuenta de que Hailey está parada junto a la puerta.

No dice nada, pero se ha quedado muy seria.

—La doctora Anderson me estaba informando sobre tu progreso —se apresura a explicar Lucy mientras un ligero rubor se extiende desde su escote hasta sus mejillas.

—Sí, ya veo —responde Hailey, girando sobre sus talones y abandonando el despacho sin ni siquiera despedirse de mí.

—Llegas tarde, capulla —saluda Arya cuando me siento a la mesa junto a ella y Jackie Stone.

—Estaba informando a la madre de Hailey sobre el progreso de su hija —me defiendo, tratando de parecer muy interesada en cortar mi sándwich de jamón y queso en trozos perfectos.

—Pero, eso sería hace casi una hora, ¿no? ¿O has estado con ella todo ese tiempo? —pregunta Jackie.

—Le ha traído una tarta de arándanos y un café.

—¿Y tú cómo coño sabes eso, Arya? —protesto.

—Tengo ojos y oídos por todo el hospital —responde sin inmutarse.

Solamente dejo escapar un bufido y meto un trozo de sándwich en la boca sin responder. Lo peor de todo es que es cierto, cualquier historia o secreto, real o imaginario, llega a los oídos de Arya. Especialmente si tiene algo que ver con el amor.

—No nos lo vas a contar, ¿verdad? —inquieta, sin dejar de mirarme con sus enormes ojos negros.

—No hay nada que contar, estuvimos hablando de su hija y más tarde de la Segunda Guerra Mundial —replico seca.

—Buah, ¡qué super romántico! A mí me sacan el tema de la Segunda Guerra Mundial y se me mojan las bragas —ironiza, poniendo los ojos en blanco y provocando una carcajada en Jackie y una enfermera que se nos acaba de unir a la mesa.

—Tú eres gilipollas, Arya —protesto, haciendo una bola con una servilleta de papel y tirándosela a la cabeza.

Todas nos reímos y no insisten, pero, por algún motivo que no consigo explicar, regresan

de nuevo a mi cabeza pequeños detalles. La forma en que Lucy juega con sus dedos cuando está nerviosa, la sonrisa de picardía al hacer el comentario sobre la mermelada de arándanos, el cosquilleo en la parte baja de mi vientre que se produjo a continuación.

Mierda. Esto no va bien.

Capítulo 5

Lucy

Hailey hace un gesto de dolor y aprieta los dientes mientras supera una nueva serie de ejercicios para recuperar su tobillo. Clavo con fuerza las uñas en mi dedo pulgar al observarla. Sé que debe estar odiando todo esto: no poder entrenar tiene que ser para ella un auténtico suplicio, aunque no se queje en ningún momento.

—Eso ya tiene muy buena pinta —mi corazón se salta varios latidos al escuchar un familiar tono de voz detrás de mí.

—¿Qué haces aquí? —suelto, aunque según acabo la frase me percató de lo cortante que he sido.

—Vaya, yo también me alegro de verte —bromea Violet—. Hoy es mi día libre y pensé que sería buena idea acercarme hasta el centro de rehabilitación para ver el progreso de Hailey en persona.

—¿En tu día libre? —de nuevo, la pregunta sale sola, sin pensarla. Una mezcla entre sorpresa y algo más.

—Me tomo muy en serio la recuperación de mis pacientes —responde con un juguetón guiño de ojo que provoca en mi cuerpo una reacción que no esperaba.

Por suerte, mi hija toma la palabra. No sé si se ha dado cuenta de lo incómoda que me siento, probablemente sí, porque tengo la manía de ponerme roja y ha tenido que notar algo, aunque posiblemente no sepa qué.

—Estoy mejorando mucho, doctora Anderson —asegura—. Pero no hace falta que vengas en tu día libre, deberías estar descansando.

—En realidad, vivo bastante cerca de aquí y me viene bien dar un paseo. Y, ya sabes, debo asegurarme de que no te estás esforzando demasiado. Los sueños olímpicos son geniales, pero no a costa de tu salud a largo plazo —añade con una preciosa sonrisa.

Durante un buen rato, observamos en silencio mientras Hailey termina sus ejercicios. Michelle, la fisioterapeuta, le da algunas instrucciones adicionales y pronto da por terminada la sesión.

—Me muero de hambre —suspira Hailey mientras seca unas pequeñas gotas de sudor con la toalla.

—Hay un pequeño café cerca de aquí donde sirven los mejores sándwiches de pastrami de Nueva York —interviene Violet antes incluso de que pueda procesar las palabras de mi hija—. Y si te gustan los batidos, tienen una variedad increíble y están todos para chuparse los dedos. Si queréis, os puedo acompañar, la dueña es amiga mía —propone.

—¿Mamá?

Hailey junta las palmas de las manos como si estuviese rezando, en un gesto que solía hacer cuando era más pequeña y no puedo evitar que se me escape una sonrisa llena de nostalgia.

—Estoy segura de que la doctora Anderson tiene mejores cosas que hacer en su día libre, pero si nos dice dónde está ese café podemos hacer una parada.

—Yo también necesito comida, igual que el resto de los humanos —se apresura a cortar Violet entre risas—. Me encantaría acompañaros, si no os importa.

Creo que vuelvo a ruborizarme y simplemente me encojo de hombros. No sé muy bien cómo interpretar la insistencia de esta mujer en pasar tiempo con nosotras, cuando seguro que tiene muchas cosas que hacer.

La cafetería a la que nos lleva es un encantador local, casi escondido en una esquina cercana al hospital. En cuanto Violet empuja la puerta y se hace a un lado para dejarme pasar, me quedo boquiabierta. Esperaba el típico local moderno y aséptico, sin personalidad. En cambio, me encuentro con un espacio acogedor que rebosa carácter.

Recorro con la mirada las paredes de ladrillo visto, las fotografías que cuelgan de sus muros y pretenden contar historias silenciosas de tiempos pasados. La ecléctica colección de muebles; mesas de madera desgastada por el tiempo, junto a sillas de distintos estilos pero que, sorprendentemente, crean un espacio único y agradable.

El aroma a café y a pan recién horneado es lo siguiente que percibo, haciendo que mi estómago gruña de hambre. Una multitud de pequeños detalles completa la escena. Obras de arte de jóvenes artistas locales, varias estanterías repletas de libros usados, plantas que cuelgan desde el techo en una de las esquinas. De fondo, las suaves notas de la música de Jazz añaden la banda sonora a un lugar casi perfecto.

En el mostrador, una vitrina repleta de sándwiches artesanales llama mi atención. Violet señala uno de ellos con el dedo, un sándwich de pastrami grueso y jugoso que consigue que se me haga la boca agua.

—¡Guau! —suspira Hailey.

—Os dije que era un lugar especial —recuerda Violet, encogiéndose de hombros.

—Parece el escondite secreto de algún escritor bohemio de esos que estudiamos en el instituto —bromea mi hija.

Al sentarnos a la mesa, la rodilla de Violet roza la mía y prácticamente se me corta la respiración. Por suerte, los inmediatos elogios de Hailey al sándwich de pastrami, todavía con la boca llena de comida, desvían nuestra atención.

—¿De dónde sale la afición de Hailey por la gimnasia? —pregunta la doctora cuando mi hija termina de alabar la calidad de la comida.

—Mi madre también fue gimnasta —se apresura a responder.

—¿Ah, sí?

Me ruborizo ligeramente al escuchar sus palabras, pero no puedo evitar una pequeña oleada de orgullo y nostalgia.

—Sí —admito—. No se me daba nada mal, pero nunca tuve el talento de Hailey. A su edad, yo estaba más preocupada por decidir qué actor de Hollywood era más guapo o de hacerle ojitos a algún chico del instituto para que me invitase a salir.

—A mí me pasaba lo mismo, aunque con las actrices y con las compañeras de instituto —confiesa Violet y ese extraño cosquilleo regresa a la parte baja de mi vientre.

—Me entrenó hasta que cumplí doce años —mi hija de nuevo al rescate—. La abuela decía que pudo haber sido muy buena, pero una lesión acabó con su carrera.

Una punzada de dolor recorre todo mi cuerpo al recordar aquellos tiempos. El dolor, la decepción, las lágrimas... y eso que no estaba ni cerca del nivel de Hailey.

—Yo no tengo tiempo para citas ahora mismo. Ni siquiera tengo claro si me gustan las chicas o los chicos, creo que ambos. Pero, primero los Juegos Olímpicos y luego lo otro —interrumpe mi hija, que parece especialmente habladora en presencia de su doctora.

—Una chica lista —asiente Violet, lanzándome una mirada que no sé cómo interpretar.

—¿Tú has hecho algún deporte, doctora?

—A tu edad yo era más un ratoncillo de biblioteca. Cuando era pequeña, mis padres me llevaron a ballet, pero tenía la coordinación de una jirafa recién nacida. Creo que la profesora lloró de alegría cuando lo dejé —bromea y no puedo evitar que se dibuje una sonrisa tonta en mis labios.

La conversación fluye con facilidad, con demasiada facilidad. Nuestras rodillas se siguen rozando de vez en cuando, aunque juraría que ahora ya no se apresura a separarla... o quizá soy yo la que no retiro la mía.

—¿Te apetece acompañarme a una charla sobre la Segunda Guerra Mundial esta tarde? —suelto de golpe y de inmediato me arrepiento de mis palabras.

—¡Mamá!

Mi hija no se corta a la hora de dedicarme una mirada asesina.

—Perdón, déjalo, es una tontería —me apresuro a explicar.

—No, para nada. Cuéntame más.

—Doctora Anderson, esas charlas son un aburrimiento, no sé cómo mi madre se ha atrevido a invitarte —añade Hailey.

—No es nada elegante ni muy especializado. Formo parte de un grupo de historia y esta tarde tenemos una charla. Bueno, ya sabes... como me habías dicho que te gustaba el tema... por lo del libro ese que estás leyendo, quiero decir... —joder, estoy sonando patética, hasta mi hija se da cuenta de que no consigo hablar sin balbucear.

—¡Me apunto! —responde sin dudar y por el modo en que me mira Hailey creo que se me ha escapado un suspiro.

—Mamá, ¿qué coño haces? —protesta mi hija cuando Violet se disculpa para ir al servicio.

—No sé a qué te refieres.

—Venga ya, mamá. Estoy pasando una vergüenza horrible, pareces uno de mis compañeros de clase. Si prácticamente la estás desnudando con los ojos —insiste.

—¿Quieres dejar de decir tonterías?

—Joder, ¿estás tratando de ligarte a mi doctora? No me lo puedo creer. ¿Sabes que eres terrible ligando? ¿Una jodida charla sobre la Segunda Guerra Mundial? ¿En serio? Y encima te ha dicho que sí... eso es señal inequívoca de que quiere liarse contigo.

—Soy tu madre, Hailey —me quejo, sin saber muy bien qué decir.

—Ya, claro. ¿Desde cuándo te gustan las mujeres? —suelta de pronto, clavándome la mirada. Una pregunta para la que no estaba preparada.

—No... no lo sé, Hailey. No estoy segura de nada en estos momentos.

Me quedo sin palabras, pero mi mente trata de procesar demasiados sentimientos al mismo tiempo y casi ruego para que Violet regrese y se termine esta incómoda conversación. Siempre imaginé que un día tendría este tipo de charla, pero supuse que sería a la inversa.

Capítulo 6

Lucy

—¿Qué quieres decir con que no está progresando todo lo rápido que debería? —Hailey hace la pregunta con voz temblorosa, al borde de un ataque de nervios—. Me dijiste... me prometiste...

La tensión en el despacho de Violet se vuelve insoportable mientras observo cómo mi hija se desmorona, cómo sus sueños se hacen añicos como una porcelana que cae sobre un suelo de mármol. Se tambalea y en sus ojos puedo ver una auténtica tormenta de emociones: decepción, ira, miedo, desesperación.

—Hailey, la medicina no es una ciencia exacta —responde Violet, inclinándose hacia delante—. Cada persona es diferente y, por lo tanto, su cuerpo responde de un modo ligeramente distinto. Sé que esto no es lo que querías escuchar y que has trabajado muy duro durante todo este tiempo, pero...

—Pero ¿qué? —espeta mi hija, cerrando los puños con fuerza—. ¿Quieres decirme que todo el jodido esfuerzo no ha servido para nada? ¿Qué debo rendirme?

Extiendo el brazo para acariciar su espalda, pero me lo quita de un manotazo.

—Yo no he dicho que no sirva para nada. Tampoco que debas tirar la toalla. Solo te digo que va un poco más lento de lo que esperaba. Eso no significa que...

—Sí, dime. ¿Qué significa? ¿Debo buscar una doctora que sepa lo que hace?

Violet tensa la mandíbula, pero su voz permanece en calma y la situación me empieza a parecer demasiado a las discusiones que yo misma tenía con ella cuando nos conocimos.

—Hailey, entiendo que estés frustrada —insiste Violet.

—¿Frustrada? Joder, estoy muchísimo más que frustrada. Estoy hasta el puto culo de todo esto —grita, poniéndose en pie de golpe y tambaleándose ligeramente al apoyar el peso sobre el tobillo lesionado.

Al verla, mi corazón se detiene y me levanto rápidamente para ayudarla.

—¡No me toques, joder! —protesta.

—¿No se supone que eres una de las mejores doctoras del país? Joder, es una mierda de esguince de tobillo, no una rotura de ligamentos cruzados. ¿Por qué no sabes darme una fecha exacta?

—Porque el cuerpo humano no funciona de ese modo, Hailey. Solo puedo aproximar fechas —se defiende Violet—. Estoy haciendo todo lo que puedo.

—¡No, no lo estás haciendo! Estás demasiado ocupada en intentar follarte a mi madre como para hacer tu trabajo —escupe y a mí se me corta la respiración al escucharla.

—¡Ya basta, Hailey! Discúlpate ahora mismo con la doctora Anderson —exijo, tratando de que no se me quiebre la voz a pesar de que me rompo por dentro.

—¿Por qué? ¿Qué pasa, que no es cierto? Claro, porque a mí siempre me dices que tiene que haber confianza entre nosotras y no sé qué coño pasa entre vosotras dos. ¡Menudo ejemplo de mierda que le das a tu hija adolescente, mamá! Tienes que estar orgullosa.

Lanza cada una de sus palabras para herirme, y vaya si lo hace. Es como si una daga atravesase mi corazón al escucharlas.

—Hailey, ya basta —suspiro.

—No mamá. Estoy harta de toda esta mierda, ¿lo entiendes? Ni siquiera sabes lo que quieres. Esto no habría pasado con papá en casa —espeta y sus palabras estallan como una bomba.

—No estás siendo justa con tu madre —interviene Violet.

—¡Ahórrate las palabras! —gruñe mi hija—. Yo me largo de aquí. Solo espero no tener que aguantarte también en mi casa, porque me iré a vivir con mi padre —añade, rompiéndome el corazón.

El silencio que sigue cuando abandona el despacho es ensordecedor. Nos quedamos calladas, paralizadas. En mi caso, a punto de colapsar allí mismo en un charco de lágrimas.

—Joder —suspira Violet, pasándose las manos por el pelo.

—Lo siento, suele ser una chica muy educada. No sé qué decir.

—No, no es tu culpa —me interrumpe—. Realmente, creo que toda la culpa es mía. No en cuanto a su recuperación, sé que hice todo lo posible. Pero, con lo otro... No sé, tengo la impresión de que tendría que haber sido mucho más clara contigo. Somos dos mujeres adultas al fin y al cabo.

—Violet, primero necesito arreglar lo de mi hija —la corto, levantando una mano para hacerla callar—. ¿O es que vas a rendirte con ella?

—Sabes que no lo voy a hacer.

—¿Lo sé? ¿De verdad? —protesto.

—Lucy, hemos hablado del tratamiento de tu hija hasta la saciedad. Sabes que he investigado todas las opciones disponibles siempre que no pongan en peligro su salud a largo plazo. Si de verdad quieres arriesgarte, debes buscar otra especialista.

Por primera vez desde que la conozco la veo vulnerable. Sus ojos se han humedecido ligeramente y me mira con dolor.

—Joder, lo siento, Violet. Todo esto... todo esto es demasiado difícil para mí —admito, escondiendo el rostro entre las manos.

Ella se levanta de la silla y se acerca a mí. Se inclina para acariciar suavemente mi espalda y besar mi cabeza y por un instante, comienzo a sentirme un poco mejor.

—Para mí también es muy difícil, Lucy —reconoce—. No tengo ni la menor idea de cómo tratar con una chica adolescente porque nunca he tenido hijos. Y sus palabras... créeme, a mí también me han destrozado.

—Nunca la había visto así —balbuceo.

—Debemos recordar que es una chica de tan solo dieciséis años lidiando con un enorme revés. Su reacción es un poco extrema, pero no inesperada del todo. Está asustada. La idea de perderse las pruebas para el equipo olímpico es aterradora. Lo es para ti que eres una mujer adulta, imagina para ella.

—Yo estoy muerta de miedo —mascullo entre dientes.

—Sé que me vas a odiar, Lucy, pero creo que eso es parte del problema. Sin querer le estás traspasando tus miedos a Hailey y ahora no ha podido soportarlo más. Siento decírtelo, de verdad —me asegura, sentándose junto a mí y cogiendo mi mano entre las suyas.

—Quizá tengas razón —suspiro.

—¿Quizá?

—Vale, tienes razón. En parte, al menos. Pero es una situación muy complicada, ser madre soltera de una niña con tanto talento ha requerido muchos sacrificios y...

—Pensé que me ibas a dar un tortazo —interrumpe con una sonrisa.

—Eres idiota. Aunque se me pasó por la cabeza —bromeo.

—Creo que has hecho un trabajo increíble como madre, Lucy. Has criado a una chica fuerte y decidida. Tremendamente madura para su edad, pero debes controlar tus miedos para no pasárselos a ella. Y, en cuanto a lo nuestro, supongo que deberíamos tener una conversación y dejar las cosas claras entre nosotras.

—Somos mujeres adultas —susurro, inclinándome hacia ella para hacerla callar con un beso.

—Joder —suspira de nuevo.

—Tú misma has dicho que deberíamos dejar las cosas claras.

—¿Estás dispuesta a seguir adelante? —inquire, alzando las cejas y acariciando mi mejilla con el reverso de su mano.

—¿Quieres que te diga que no estoy aterrada?

—No, quiero que recuerdes que tienes una hija de dieciséis años que en estos momentos me odia y que además es mi paciente.

—¿Por qué me dices eso ahora? —pregunto confusa.

—Porque quiero que seas consciente de que probablemente no será fácil y a mí me gustaría seguir adelante solo si estás convencida. Voy a ser muy clara contigo, Lucy. Hay ciertos límites éticos y no voy a continuar con esto si tan solo quieres experimentar lo que se siente al estar con una mujer. Me duele ser tan directa contigo, pero me parece que es necesario.

—¿Tú qué quieres? —la corto.

—Joder, Lucy. No quiero un beso, no quiero un polvo rápido, no quiero juegos. Me gustaría explorar algo serio contigo. No te prometo que vaya a funcionar. Es más, te aseguro que será complicado, pero quiero intentarlo.

—¿Algo serio?

—Algo serio —repite.

—Tengo que pensarlo, ¿vale? —admito finalmente.

—Por supuesto, tómate el tiempo que necesites. Cualquiera que sea tu decisión, estoy aquí. Para ti y para Hailey —añade, aunque puedo observar una mota de decepción en sus ojos.

Capítulo 7

Violet

Lucy entra en mi despacho como un tornado.

—Está bien —exclama desde la puerta, sin ni siquiera decir buenos días.

—¿Está bien? ¿Qué está bien?

—He estado pensando en lo que me dijiste ayer antes de salir de tu despacho —las palabras salen de manera atropellada de su garganta, como si tuviesen prisa por escapar.

Levanto una ceja, el bolígrafo suspendido sobre la historia clínica que estaba revisando.

—¿Ese “está bien” es que has llegado a alguna conclusión?

—Por eso estoy aquí —responde con nerviosismo, ligeramente ruborizada.

—¿Sobre lo de no traspasar tus miedos a Hailey? —insisto, aunque sé que no es a lo que se refiere.

—Joder, Violet. Quiero decir a nosotras. La posibilidad de...

—Vamos a la azotea del edificio y me cuentas —propongo—. Está atardeciendo y en los días claros como hoy tenemos unas vistas preciosas.

La terraza del Watson Memorial es una pequeña joya escondida. Apartada en el último piso del edificio, pocos se aventuran a visitarla. Yo misma nunca la hubiese conocido de no haber sido por Arya, a la que le gusta pasarse un rato cada día para estar tranquila.

Me encantan las vistas. Bajo nosotras se extiende un tapiz de luces que llega hasta el horizonte. Majestuosos rascacielos de acero y cristal entre los que destaca el Empire State Building, con su aguja apuntando a un cielo que comienza a teñirse de naranja y rosa. Más allá, a lo lejos, el puente de Brooklyn se extiende sobre el East River y los coches que lo cruzan se asemejan a luciérnagas en movimiento con sus faros encendidos.

—Te escucho —susurro, sentándome junto a Lucy.

—Tuve una larga conversación con Hailey —confiesa con un suspiro.

—¿Sigue enfadada conmigo?

—Bueno... Ahora hablamos de eso. Me dijo que está bien con... con nosotras. Teniendo una relación, quiero decir —de pronto se detiene, su mirada busca la mía—. Si sigues interesada, claro.

Cojo su mano entre las mías y la observo durante unos instantes. La Lucy Fitzgerald que conocí por primera vez, hecha una furia, con instintos de mamá osa dispuesta a arrancarme la cabeza si no curaba a su hija de inmediato, parece ahora un eco del pasado.

—Me gustaría intentarlo —reconozco—. Pero antes debo advertirte de que no es fácil con mis horarios.

—Eso es porque no conoces las dificultades de salir con una mujer que tiene una hija adolescente que cambia de humor cada quince minutos. Y mucho peor si la hija es una aspirante a gimnasta olímpica —advierde alzando las cejas con una sonrisa.

—Ahora que ya nos hemos advertido mutuamente de los posibles desastres, ¿qué tal se lo tomó Hailey?

—Se lo esperaba por la manera en que nos veía juntas. Dice que parecía una chica de su edad en vez de su madre. Por un lado le sorprendió, al fin y al cabo estuve casada con un hombre diez años y nunca me habían atraído de manera especial las mujeres... hasta que te

conocí.

—La típica historia de la madre que estuvo casada con un hombre. Conozco unas cuantas, no te preocupes. Suele salir bien —bromeo.

—La parte bonita es que me dijo que junto a ti parecía más feliz, que desde hace tiempo me veía triste y es verdad que mi vida estaba bastante vacía —reconoce bajando la mirada.

—Así que... bien.

—Sí, bastante bien. Hailey tiene varias amigas lesbianas y ella misma ha estado tanto con chicos como con chicas, aunque sea muy brevemente.

Cuando termina de hablar, es como si se quitase un peso de encima. Sonríe, apoyando la cabeza en mi pecho y ronroneando mientras observamos las primeras estrellas.

—¿Crees que he presionado demasiado a Hailey? —pregunta de pronto, estirándose contra mi cuerpo mientras acaricio su melena—. A veces pienso que le robé la infancia.

—No lo sé, Lucy. Yo diría que la motivación de tu hija nace de ella misma, no sé lo que ocurría cuando era una niña, pero ahora está dispuesta a hacer los sacrificios que hagan falta para triunfar, sin necesidad de que la empujes. De eso estoy segura.

—Mi marido y yo éramos muy jóvenes cuando la tuvimos. Yo quise darle todas las oportunidades para triunfar y nunca le pregunté lo que quería. A veces, la miro y veo ese cansancio en los ojos y me da miedo que esté haciendo esto solo para que me sienta orgullosa.

—Tiene dieciséis años y es una chica extremadamente madura para su edad —le recuerdo—. Si ella no quisiese seguir con la gimnasia, te lo haría saber. Está totalmente motivada, puedes estar tranquila con eso. Solo tienes que empezar a dejarla volar libre.

—Ver a mi hija triunfar era la única motivación que tenía en la vida —confiesa, girando el cuello para mirarme a los ojos—. Sé que suena patético, pero desde el divorcio mi vida está vacía. Hailey es lo único que le da sentido.

Deja escapar un largo suspiro, como si el mero hecho de admitirlo en voz alta la hubiera agotado.

—Lo peor es que ni siquiera puedo culpar a mi exmarido. Mi obsesión por la gimnasia de Hailey fue la principal causa de que nos separásemos. Admito que no había chispa entre nosotros, simplemente rutina. Prácticamente, éramos dos personas que nos llevábamos bien y que compartíamos casa. Hasta que me obsesioné tanto con ver triunfar a mi hija que todo se rompió —confiesa mientras sus ojos se llenan de lágrimas.

—Si te sirve de consuelo, por lo que me cuentas, tampoco es que esa relación tuviese mucho futuro. No pretendo ofenderte, pero tu vida no estaba completa con tu marido —apunto con algo de miedo.

—No, no lo estaba, pero tras el divorcio estuvo aún peor. Sin mi hija, no había nada —masculla.

—¿Cuáles eran tus sueños antes de Hailey? Quizá puedas empezar por ahí. Recuperar tus ilusiones.

—Puf, apenas lo recuerdo —admite con una risa amarga—. Quería viajar, ver el mundo. Creía en el amor, en marcar la diferencia de algún modo. Cosas tontas y utópicas de cuando eres joven, ya sabes.

—No es tonto —me apresuro a replicar, besando su frente—. Es bonito. Y nunca es demasiado tarde para hacer varias de esas cosas. Joder, Lucy, aunque tengas una hija de dieciséis años, todavía eres muy joven. Antes de que te des cuenta se irá a la universidad y...

—Eso es lo que me aterra —interrumpe.

—No, por eso debes empezar a vivir. Eres profesora, ya marcas una diferencia en tus alumnos, de eso estoy segura. En cuanto al amor... me gustaría pensar que quizá yo pueda entrar en esa ecuación —suspiro, encogiéndome de hombros mientras se me dibuja una tonta sonrisa en los labios—. Lo de viajar y ver el mundo, puede arreglarse.

—Eres un cielo —susurra contra mis labios antes de besarme—. ¿Por qué no te encontré antes?

—Quizá no era el momento adecuado —admito, devolviéndole el beso.

—Necesito que te hagas cargo de Hailey Fitzgerald —anuncio al día siguiente en cuanto me encuentro con Iris.

Levanta la vista lentamente del historial que estaba revisando y me observa confusa.

—¿Esa no es la que salió de tu despacho con las muletas hace dos días mientras te llamaba hija de puta o algo así? —pregunta alzando las cejas.

—Algo así, pero fue un malentendido. Ya está todo arreglado. Además, me lo debes. Yo me hice cargo de tu novia —le recuerdo.

—Puf, ahora sí que me acabo de perder y no sé si quiero seguir preguntando —ironiza.

—Estoy empezando una relación con su madre —explico ante su cara de pánico, pero antes de que pueda seguir con nuestra conversación, una voz familiar nos interrumpe.

—¡Doctora Anderson!

Ambas nos giramos y observamos a Hailey cojeando hacia nosotras con sus muletas. Lucy camina tras ella, encogiéndose de hombros al verme, como pidiendo disculpas con la mirada.

—Hailey.

—Lo siento —suelta en cuanto llega hasta donde estoy—. No debí decir las cosas que dije. Estaba frustrada y lo pagué contigo. De verdad que lo siento.

—Está olvidado, no te preocupes. Lo entiendo perfectamente —le aseguro con mi mejor sonrisa, mientras acaricio su brazo izquierdo—. Mira, precisamente estábamos hablando de ti. Ya conoces a la doctora Iris Ramírez, va a llevar tu caso a partir de ahora y...

—¡No! —interrumpe, alzando la voz.

—¿No?

—Por favor, Violet. No me hagas esto. Te prometo que no volveré a perder los nervios, pero necesito seguir contigo. Tengo que llegar a tiempo a las pruebas para el equipo olímpico.

—Pero, Hailey...

—Por favor, no te des por vencida conmigo —insiste.

Desvío la mirada hacia Lucy que muerde su labio inferior con dolor al ver a su hija a punto de ponerse a llorar y, en esos instantes, no sé qué hacer.

Por suerte, Arya ha escuchado parte de la conversación y, en su más puro estilo, entra de lleno en ella.

—A ver, capulla, si la chiquilla quiere seguir con su futura madrastra, no le veo ningún problema. Eso os unirá más, ya sabes... arreglar un tobillo entra dentro de las actividades madre-hija y esas cosas.

Como es lógico, tanto Hailey como Lucy la miran extrañadas, pero no hay tiempo de explicarles las peculiaridades de Arya.

—¿Y las normas del hospital?

—No están claras —se apresura a responder—. No puedes tener una relación con tu paciente, pero nada dicen de las madres de las pacientes. Eh, es culpa de los capullos de Recursos Humanos que no saben redactar las reglas.

—¿Estás segura?

—Me lo vas a decir a mí... —bromea Arya.

—Está bien, supongo que me quedo con el caso de Hailey después de todo —anuncio dirigiéndome a Iris.

Capítulo 8

Lucy

La puerta del apartamento se abre de golpe y me encuentro a Violet en pijama. Me mira extrañada y, de pronto, su rostro se llena de preocupación.

—¿Lucy? ¿Le ocurre algo a Hailey? —pregunta confusa.

—No, no, Hailey está bien. De hecho, dormiré esta noche en casa de su amiga Zoe. En realidad, he venido a verte a ti.

—Vale, pasa —susurra, haciéndose a un lado para que entre y de pronto, me siento tan nerviosa como una adolescente ante mi primera cita.

—Vengo a invitarte a cenar —suelto de golpe.

—¿A cenar? —repite alzando las cejas divertida.

—Sí, aprovechando que no está Hailey. No me lo pongas más difícil, joder —protesto—. Vístete. Tengo una reserva esperando.

—¿Y si llego a estar de guardia? ¿O con una migraña o simplemente cansada?

—Eres única rompiendo los momentos románticos, ¿verdad? ¿Tú sabes lo que me costó decidirme a venir hasta aquí y darte esta sorpresa? No soy la persona más espontánea del mundo —me quejo, haciendo una mueca.

—¿Me vas a decir dónde me llevas o tengo que adivinarlo? —bromea Violet mientras conduzco.

Fuerzo una sonrisa llena de picardía, pero decido no contestar. Por unos instantes recupero la confianza que solía tener cuando era simplemente Lucy y no “la madre de Hailey Fitzgerald”:

—Si te lo digo no tendría ninguna gracia. Se trata de que nuestra primera cita oficial sea una sorpresa —apunto, encogiéndome de hombros.

Me callo la parte en la que he tenido que pedir favores a varios contactos para conseguir una mesa sin reserva para cenar en ese restaurante.

¿Cómo llegamos aquí?

Hace unas semanas estaba lista para estrangular a esta mujer por atreverse a sugerir que Hailey podría no llegar a tiempo a las pruebas para el equipo olímpico. Ahora, en cambio... un millón de mariposas revolotean en mi estómago cada vez que me mira. Algo que no recuerdo que me pasase nunca con mi exmarido, ni siquiera en nuestros mejores momentos.

El viaje en coche transcurre en un borrón de charla agradable y silencios cómodos y, cuando finalmente me detengo frente a nuestro destino, escucho una brusca inhalación.

—¡Guau!

—¿Lo conocías? —pregunto, desabrochando el cinturón de seguridad.

—Nunca estuve, pero he oído hablar de este sitio —reconoce justo cuando el aparcacoches está abriendo la puerta.

Una vez que se llevan el vehículo, su mano busca la mía, y entrelazamos nuestros dedos como si lo hubiésemos hecho toda la vida.

—Pagamos a medias. No pienso dejarte que corras con todo el gasto. La cena nos va a salir por un ojo de la cara —insiste Violet mientras el maître nos conduce a una mesa algo

apartada.

Pronto, uno de los camareros se acerca a nuestra mesa. Su camisa blanca de manga larga esconde un intrincado tatuaje de un dragón en el antebrazo del que tan solo se ve la cabeza mientras toma nota del vino que hemos elegido. Escribe con una fluidez casi hipnótica, sosteniendo el bolígrafo con unos dedos largos y elegantes.

—Vale, confiesa. ¿Cuánto tiempo llevas planeando esto? —pregunta Violet en cuanto el camarero nos deja solas.

—¿Me creerías si te digo que tomé la decisión esta tarde?

—Tú misma has dicho que no eres la persona más espontánea del mundo —añade alzando las cejas.

—¿Ves algo que te guste, doctora? —pregunto para cambiar de conversación.

—Algo que me gusta mucho, pero no es precisamente comida —susurra, provocando un cosquilleo en la parte baja de mi vientre.

—Céntrate en el menú, fiera —suspiro divertida—. ¿Quieres que te recomiende algo?

—Te lo agradecería. No soy ninguna experta en comida tailandesa —confiesa con una sonrisa por la que se podría morir.

—Te recomiendo una *Tom Yum Goong*, es una sopa algo picante con gambas. Confía en mí, te gustará. Yo voy a tomar un *Pad Thai*, ya sé que soy demasiado clásica, pero me encanta.

Pronto, caemos en una conversación fácil, compartiendo anécdotas sobre nuestras vidas. Le hablo de mi amor por la historia, de cómo opté por dedicarme a la enseñanza casi por accidente, aunque encontré mi vocación. Violet me cuenta una historia sobre un expediente clínico confundido y un paciente anciano muy desconcertado. Para cuando llega la comida, ambas estamos riendo, su mano apretando la mía por encima de la mesa.

—Oh, joder, esto es... esto es increíble —suspira al probar su primera cucharada de sopa.

—Ya te lo dije. Prueba esto —indico, enrollando algunos fideos alrededor de mi tenedor y llevándolo a su boca.

Cierra los ojos e, instintivamente, lame unas gotas de salsa que se escapaban por su labio inferior. Aunque ese sencillo gesto es suficiente para ponerme demasiado nerviosa. Violet se da cuenta y sonríe y, por un instante, me pregunto si estaría muy mal lanzarme a por su boca en un restaurante tan exclusivo.

—Está buenísimo —ronronea, lamiendo de nuevo su labio inferior para provocarme.

—¿Cuéntame algo de ti que no sepa! —interrumpo en un intento de evitar el incómodo momento.

Violet se queda pensativa, hace una pausa mientras bebe un largo sorbo de vino y sus ojos se iluminan.

—Estuve en una banda de punk rock en la universidad —confiesa y a mí se me escapa la risa.

—¡Venga ya! No te creo.

—De verdad, tocaba la guitarra eléctrica. Tuvimos algunos conciertos por la zona y todo —recuerda con un atisbo de nostalgia en sus ojos.

—Por favor, dime que hay videos en alguna parte —ruego, tratando de contener una carcajada.

—Llevaba el pelo azul —admite, llevándose una mano a la frente y negando divertida con la cabeza.

—Debías estar adorable —agrego sin dejar de reír.

—Estás disfrutando demasiado con esto —se queja—. Es tu turno, quiero ver tu otro lado. El que se esconde detrás de la madre constantemente preocupada.

Sus palabras me golpean mucho más fuerte de lo que esperaba. Bajo la mirada, poniéndome seria de inmediato.

—Eh, lo siento. No quise...

—No es nada. Es solo que... no sé, a veces me olvido de que todavía queda una mujer debajo de la madre constantemente preocupada, como tú me llamas —confieso tratando de retener las lágrimas.

—Estoy segura de que hay una mujer increíble y me muero de ganas de conocerla —susurra, estirando la mano para apretar la mía.

Por suerte, el camarero aparece con nuestro postre antes de que me ponga a llorar y coloca sobre la mesa un plato de *Khao Niaow Ma Muang* para compartir.

—Sigues confiando en mí, ¿verdad?

—Mejor me dices qué es antes de probarlo —bromea Violet.

—Es un postre tradicional, arroz glutinoso con rodajas de mango fresco —le explico.

Sin dejarme terminar de hablar, Violet acerca la cuchara a mis labios y el tiempo parece detenerse. Me mira con una mezcla de dulzura y picardía que hace que mi corazón se vuelva loco.

Al abrir la boca, siento un cosquilleo de anticipación y, cuando la cuchara toca mi lengua, sus sabores dulce y ácido se equilibran con la leche de coco, consiguiendo una explosión en mis papilas gustativas.

Un calor se extiende por todo mi cuerpo y, cuando me encuentro con su mirada, debo cerrar las piernas para acallar un cosquilleo imposible de ignorar.

Limpia con el dedo pulgar mi labio inferior, me mira con un deseo que la delata y, de pronto, tengo la necesidad de pedir la cuenta al camarero lo antes posible.

—Entonces, si esto es nuestra primera cita oficial... —interrumpe cuando pagamos—. ¿Significa que me llevo mi primer beso de buenas noches oficial? —añade con un juguetón guiño de ojo.

—En realidad estaba pensando en que pasases la noche en mi casa —suspiro con el corazón desbocado.

Capítulo 9

Lucy

Su cálido aliento me hace cosquillas en la piel mientras se acurruca contra la curva de mi cuello. Cuelo una mano por debajo de su blusa para acariciar su espalda y deja escapar una pequeña risita.

—¿Has bebido demasiado vino en la cena? —bromeo, besando su frente.

—Creo que las dos hemos bebido demasiado vino en la cena —admite, girando la cabeza para besarme.

No puedo evitar sonreír contra sus labios. El modo en que su seriedad se desvanece, esas ganas de jugar.

Es adorable.

Acaricio su pómulo con el dedo pulgar y muerde instintivamente el labio inferior al sentir mi tacto. A continuación, se estira contra mi cuerpo, buscando mi cuello con los labios para llenarme de besos y algún pequeño mordisco que me hace estremecer.

—No estás borracha, ¿verdad? Quiero decir, sabes lo que haces —pregunto para asegurarme de que puedo seguir adelante.

—¡Cállate, aguafiestas! —es la única respuesta que recibo mientras se levanta y se sienta a horcajadas sobre mis piernas.

Coloco las manos en su cintura para atraerla hacia mí y, en el momento en que nuestros pechos se rozan, se me escapa un gemido involuntario que me delata.

—¿Así estamos? —bromea.

Solamente sonrío y entorno los ojos. Nuestros labios se encuentran y, esta vez, es un beso apasionado, urgente. Violet muerde mi labio inferior y, en ese instante, sé que estoy perdida. Recorro con la lengua el contorno de su boca, buscando la suya y perdiéndome en un beso lleno de deseo, con un ligero regusto al vino que estamos bebiendo.

En el momento en que nos separamos, Violet esconde sus dedos en mi melena. Muerde ligeramente mi barbilla mientras se frota contra mi cuerpo, dejando escapar unos suaves gemidos que comienzan a volverme loca. Es como si la tensión sexual que se ha ido acumulando entre nosotras durante estos últimos días estuviese a punto de estallar de repente.

—Vamos a mi dormitorio —propongo entre jadeos.

Violet asiente y se levanta despacio, colocándose detrás de mí en cuanto llegamos al pasillo y empujándome contra la pared para seguir besándome. Presiona su cuerpo contra el mío, frota su sexo contra mis nalgas. Cuela la mano derecha por debajo de mi blusa en busca de mis pezones y mis piernas parecen haberse convertido en gelatina.

—No sé si llegaremos a tu cama —jadea junto a mi oído antes de morder el lóbulo de mi oreja.

Cuando por fin alcanzamos el dormitorio, me empuja contra el colchón y cae sobre mí con la mirada llena de deseo. Frota su muslo contra mi sexo, mordiendo uno de mis pezones por encima de la tela de la blusa.

—Espera un momento —ruego, tratando de incorporarme para quitarme la ropa.

Violet sonrío y ambas nos desvestimos torpemente y con prisas.

—Joder, eres preciosa —suspiro al observar su cuerpo desnudo.

Tiro de su brazo para que se coloque sobre mí y el calor de su piel sobre la mía me hace enloquecer. Clavo las uñas en sus nalgas, atrayéndola más cerca, buscando el contacto de mi sexo con cualquier parte de su cuerpo que pueda darme placer.

Cubro de besos su cuello, cuelo la mano derecha entre nuestros cuerpos en busca de su intimidad y, cuando la siento húmeda y abierta para mí, no puedo evitar dejar escapar un gemido. Es lo más excitante que he sentido jamás.

—Muy diferente a tu exmarido, supongo —bromea al darse cuenta.

—Muy diferente —admito.

Pronto, su lengua endurece mis pezones, muerde mi areola entre sus labios, haciéndome temblar con cada caricia o cada beso. Me deshago entre gemidos al sentir que su boca inicia a descender peligrosamente por mi cuerpo. Tiemblo al notar su lengua en mi pubis, adorando cada centímetro de la suave piel y grito con el primer beso sobre mi clítoris.

—Shhh, solo estamos empezando —suspira antes de separar mis labios con los pulgares y soplar en mi sexo.

Ni siquiera estoy segura de mi respuesta. Cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás, clavándola en el colchón mientras enraízo los dedos en su melena, dejándome llevar por el placer de su lengua al resbalar entre mis piernas.

—¿Quieres que me tome mi tiempo o necesitas algo rápido? —pregunta antes de lamerme lentamente hasta llegar a mi clítoris.

—Lo que tú quieras, puedes hacer conmigo lo que quieras —suspiro, sin ni siquiera estar segura de lo que deseo.

Violet sonrío, desliza su lengua con lentitud, haciendo más presión al llegar a la entrada de mi vagina. Rodea mi clítoris, lo presiona, lo muerde con una suavidad exquisita entre sus labios y estoy segura de que mis gemidos pueden escucharse en todo el edificio.

Cada fibra de mi ser pide más. Arqueo la espalda, me tenso, le suplico que no se detenga. Todo mi cuerpo se retuerce, perdido en un mundo de puro placer.

No sé el tiempo que pasa besando y lamiendo mi sexo, mucho más de lo que lo hacía mi exmarido, eso seguro. Pero, en el momento en que su dedo pulgar comienza a hacer círculos sobre mi clítoris, estoy ya tan sensible que me transporta directamente al paraíso.

Ella alza la mirada y muerde su labio inferior, deslizándose hacia arriba, sin dejar de acariciarme hasta que alcanza mi boca. No puedo evitar gemir al sentir el sabor de mi sexo en sus labios y, cuando introduce dos de sus dedos en mi interior, el placer es tan intenso que todo mi cuerpo se arquea en un largo suspiro.

Grito, gimo, arañeo su espalda mientras muevo las caderas en busca de un mayor contacto. Violet curva los dedos hacia arriba, como si conociese el punto exacto sobre el que debe presionar y, con un largo gemido, me abandono a un orgasmo maravillosamente dulce, sujetando su mano para que permanezca dentro de mí.

—¿Ya? —pregunta sorprendida.

—No sabes cuánto lo necesitaba —admito mientras trato de recuperar la respiración.

Violet sonrío y me cubre de besos, acaricia mis mejillas con el reverso de su mano con una ternura que me derrite, aunque pronto, ella misma parece no poder aguantar más.

Abre mis piernas, colocando una de ellas por encima de su muslo hasta que siento la humedad de su sexo en el mío. Me sorprendo por la oleada de placer, pero apenas tengo tiempo para procesarlo. Nos frotamos con urgencia, sus gemidos pidiendo más, impulsando cada uno de mis movimientos, buscando una deliciosa y húmeda fricción desconocida para

mí hasta este momento.

Y el mundo desaparece. Tan solo quedan nuestros gemidos, el golpeteo de mi piel contra la suya, nuestra respiración agitada, la excitación infinita de nuestros sexos al resbalar el uno sobre el otro. Cada una de nuestras terminaciones nerviosas se tensan de placer hasta que alcanzamos el orgasmo casi al mismo tiempo.

—¡Joder! —suspiro cuando consigo recuperar la respiración—. Eso ha sido...

—Muy intenso —admite Violet, dejándose caer junto a mí.

—No me puedo creer lo que me he estado perdiendo —confieso, besando la punta de su nariz.

A continuación, se acurruca contra mi pecho, tapo nuestros cuerpos con la sábana y sonrío al escuchar un breve ronquido escapar de su garganta. Sé que esto es solo el principio, que una noche de sexo no garantiza que la relación vaya a funcionar. Imagino que no será fácil para ella lidiar con una chica de dieciséis años con toda la intensidad que conllevan la etapa de la adolescencia.

Pero, por ahora, en este instante, todo se siente perfecto.

—Despierta, marmota —susurro, besando la frente de Violet mientras acaricio con suavidad su mejilla.

—Te recuerdo que hoy no trabajo —ronronea mientras se estira—. ¿Por qué me miras así?

—Quiero que me lo vuelvas a hacer, lo de anoche —admito bajando el tono de voz.

—¿Y no puedes esperar media hora? ¿En serio tienes que despertarme?

—Fue increíble —confieso.

—¿De verdad fue tu primera vez con una mujer? —pregunta extrañada, como si se hubiese dado cuenta de repente de nuestra conversación durante la cena.

—¿Te arrepientes?

—Para nada, fue... muy, muy bueno —suspira.

—Me casé con mi exmarido muy joven, nada más terminar la universidad. A lo más que había llegado es a tocarle una teta a una amiga en una fiesta y estaba muy borracha —recuerdo, encogiéndome de hombros y poniendo los ojos en blanco.

—¿Y... en los años que llevas divorciada? Perdón, no pretendo meterme en tu vida —se disculpa, negando con la mano.

—Nada. Un par de citas rápidas en los primeros años con hombres y toda mi energía se centró en Hailey. Entre entrenamientos, competiciones, viajes... Nunca hubo tiempo para pensar en mucho más. Vale, ya sé que mi vida suena patética —admito al escuchar mis propias palabras.

Violet sonrío y deja escapar un pequeño suspiro, haciendo una pausa antes de hablar, como si estuviese ponderando sus palabras para no herirme.

—En el fondo es bonito. Has puesto a tu hija por delante de tu propia felicidad. Pero, si puedo ser sincera, debe ser aterrador ahora que ves que se hace mayor.

—Lo es —confieso con un largo soplo—. No sabes el miedo que me da. Cuando era ella pequeña, era mucho más fácil. Me convencía a mí misma de que Hailey me necesitaba a tiempo completo. Ahora que va creciendo... No sé, cada vez que se va a dormir a casa de una de sus amigas me siento vacía, como si no supiese qué hacer con mi vida. Todo ha girado en torno a ella y sus competiciones de gimnasia. Si eso se acaba, yo...

—Me tienes a mí —suelta de golpe, antes de incorporarse ligeramente para besarme.

—Ahora que lo pienso, quizá siempre sentí atracción, o al menos curiosidad por algunas mujeres. Nunca al nivel que siento contigo, pero es posible que sí, aunque estaba tan centrada en mi hija que lo desestimé —reconozco, asintiendo lentamente con la cabeza.

—Te queda mucha vida por delante, Lucy. Tanto si es conmigo como si no lo es. Debes empezar a centrarte en ti misma. Encontrar lo que quieres, darle un sentido a tus días. Sé que no será fácil romper esa rutina, pero puedes hacerlo. Te mereces ser feliz, ser tú y no una extensión de Hailey.

—Ya, pero es mucho más fácil decirlo que hacerlo —me quejo, bajando la mirada.

—Me tienes aquí. Espero que me permitas ser la persona que te ayude a dar sentido a tu vida. Sé que solo estamos empezando, pero me gustaría llenar tus días de ilusión, que cada mañana te levantes con un propósito que vaya más allá de llevar a Hailey a un entrenamiento o de preparar una lección de historia.

—Gracias, me vas a hacer llorar y yo que te había despertado para repetir lo de anoche —bromeo—. Aunque reconozco que tener a alguien con quien hablar de este tipo de cosas mientras te da mimos no está nada mal.

—No, no lo está —ronronea Violet antes de regalarme un nuevo beso.

Al final, permanecemos en la cama toda la mañana, sumidas en una de las mejores conversaciones que recuerdo. Dedicándonos infinidad de mimos, hablamos de todo y de nada. Nos reímos de cualquier tontería mientras cuento los lunares alrededor de su areola o Violet me toma el pelo por la colección de juguetes sexuales que guardo en el armario. Hasta que...

—¡Joder! ¡Tenía que haber recogido a Hailey hace cuatro horas! ¡Me va a matar, mierda! —chillo, llevándome las manos a la cabeza y levantándome de la cama como un resorte en busca de algo de ropa que ponerme.

Capítulo 10

Violet

—¿Un día duro en el instituto? —pregunto al observar que Hailey entra en mi despacho con la coleta despeinada y el ceño fruncido.

—¿Ya estamos en ese punto en el que me preguntas por mis estudios? Mi madre y tú vais muy rápido, ¿no? ¿O solo lo haces por intentar caerme bien? —suelta con el tono más antipático del que es capaz.

Simplemente, entorno los ojos y dejo escapar un ligero suspiro, pero antes de que pueda responder, Hailey vuelve a la carga.

—¿No me vas a preguntar por qué vengo sola?

—Tu madre me avisó de que lo harías. Sé que está ocupada con unas actividades en el trabajo.

—Supongo que también te habrá dicho que ayer discutimos, ¿verdad? Por tu culpa —agrega, prácticamente escupiendo las tres últimas palabras.

—No creo que haya sido por mi culpa, Hailey, pero si quieres, podemos hablarlo una vez que le eche un vistazo al tobillo —respondo, tratando de mantener la calma, aunque se ve que está buscando un enfrentamiento.

Fuerzo una sonrisa mientras se sienta en la camilla y me coloco frente a ella para quitarle con cuidado el calcetín.

—Ve acostumbrándote a las decepciones si vas a salir con mi madre. Es lo que hace de manera habitual...decepcionar a la gente que tiene cerca.

De nuevo, prefiero no caer en sus provocaciones. Lucy me avisó de que ayer por la noche tuvieron una discusión bastante fuerte en la que, en parte, Hailey me echó a mí la culpa de sus problemas. Los dieciséis años es una edad muy complicada, se vive todo de manera demasiado intensa. Añade a la mezcla el estrés de ser una deportista con sueños olímpicos y tienes el coctel explosivo perfecto para que nadie esté a salvo de las discusiones.

—¿Te duele cuando hago esto? —inquiero, rotando su pie con cuidado.

—Entonces... ¿Cuánto tiempo llevas follándote a mi madre? —espeta de golpe y a mí se me corta la respiración—. Porque no me creo eso de que haya sido solamente hace dos días. ¿Llevas haciéndolo desde que empezaste a tratarme?

La observo con cautela. Su pecho se hincha con cada respiración agitada. La pregunta me golpea como si me acabasen de tirar por encima un cubo de agua helada. Me quedo paralizada, con las manos aún en su tobillo.

—¿Perdona?

—Joder, no es una pregunta difícil de responder. ¿Cuánto tiempo llevas follándote a mi madre? Es así de fácil.

—No creo que sea asunto tuyo, la verdad. En cualquier caso, si de verdad necesitas saberlo, lo mejor es que le preguntes a ella y no a mí.

—¡Venga, no me jodas! —interrumpe.

—Hailey, creo que te estás pasando de la raya. Entiendo que estás molesta porque querías estar ya entrenando y no puedes. Pero, ni yo tengo la culpa, ni es la forma apropiada de hablarle a la doctora que te está tratando el tobillo. Ni a nadie en general —

añado molesta.

—Corta toda esa mierda, por favor, Violet. Las dos sabemos que hace tiempo que eso de “la doctora que te está tratando el tobillo” se quedó atrás. Ahora eres algo más, ¿verdad? Lo que quiero saber es qué eres.

—¿De verdad quieres tener esta conversación? —pregunto, soltando el tobillo y clavándole mi mirada más severa.

—Pues sí, me gustaría saber en qué punto estamos. Si eres la mujer que simplemente se folla a mi madre aprovechando que está pasando por una fase más vulnerable o la mujer que intenta reemplazar a mi padre —escupe, poniendo los brazos en jarra como una niña maleducada.

—Ninguna de las dos cosas —respondo con sequedad.

—Poco ético, ¿no?

—¿Qué es poco ético, Hailey? Te recuerdo que intenté pasar tu caso a la doctora Ramírez y fuiste tú la que me pidió que no lo hiciera.

—Supongo que era más fácil deshacerte de mí para poder jugar a las familias felices —masculla entre dientes.

—No trataba de deshacerme de ti.

Respiro hondo y aprieto ligeramente su rodilla en un intento por tranquilizarla. Sé que tan solo busca provocarme y reconozco que lo está consiguiendo, pero debo ser la adulta aquí y no tomármelo como algo personal.

—Me preocupo por ti, siempre lo he hecho y ahora no solo como paciente, sino también como algo más —explico tratando de forzar una sonrisa que estoy segura de que no llega a mis ojos.

—Ya, la mejor forma de follarte a una madre soltera es fingir que te preocupas por su hija. Eso está demasiado visto, doctora, aunque veo que te está funcionando de maravilla.

—¿Por qué no nos centramos en tu tobillo y luego, si quieres, te invito a tomar algo y lo hablamos con calma? —propongo.

—Mira, ¿sabes qué? Me largo de aquí. Tú sigue jugando a las casitas con mi madre. Una compañera de equipo conoce a una masajista coreana que le arregló un esguince en dos semanas. Y no necesita tanta maquineta de rayos X, ni resonancias magnéticas —gruñe, bajándose de la camilla y saliendo de mi despacho a toda la velocidad que le permiten sus muletas.

Por unos instantes me quedo atónita, mirando el calcetín que se ha quedado tirado en el suelo, sin saber cómo reaccionar. A continuación, me doy cuenta, tiene dieciséis años y está desesperada por volver a competir. Puede hacer una locura que ponga en peligro su salud a largo plazo y no puedo permitir que eso ocurra. Ni como paciente, ni como persona.

Maldigo en voz baja y salgo corriendo tras ella. Un grupo de enfermeras me mira con cara de espanto, pero no me importa, ahora mismo no tengo tiempo para explicaciones.

—¡Acelera, Anderson, que se te escapa la chica de las muletas! —bromea Arya, supongo que en dirección a los quirófanos.

Alcanzo a Hailey en el ascensor, justo cuando las puertas se están cerrando. Consigo meter el brazo, forzándolas a abrirse de nuevo y dejo escapar un bufido de frustración al observar que no estamos solas. Ella me fulmina con la mirada nada más entrar.

—¡Déjame en paz de una puta vez! —gruñe y las enfermeras que nos acompañan se miran unas a otras sin entender lo que ocurre.

—Tienes sesión de fisioterapia y no voy a dejar que te la saltes solo porque estés

enfadada conmigo —le advierto, bajando el tono de voz hasta convertirlo en un susurro casi inaudible.

—No necesito tu permiso para saltarme esa sesión.

—Solo te podemos dar ese permiso tu madre o yo como tu doctora. Y tu madre no está en estos instantes. Sé que estás molesta conmigo, pero me preocupa que hagas algo estúpido que ponga en peligro tu recuperación —explico.

—Como por ejemplo, mejorar poniéndome en manos de una masajista coreana que puede curarme mucho antes que tú, supongo —rebate y ahora sí que ha causado la alarma en las enfermeras.

Por suerte, el ascensor se detiene y Hailey sale en cuanto las puertas se abren. No me sentía nada cómoda teniendo esta conversación con público.

—Hailey —suspiro, corriendo para colocarme a su lado.

—No lo entiendes, ¿verdad? Cada día que pasa es un día que me aleja de tener la oportunidad de ir a unos Juegos Olímpicos. Ya no puedo permitirme jugar sobre seguro. No queda tiempo. No puedo más, Violet. Veo a mis compañeras entrenar y yo no puedo hacer nada. Todos siguen con sus vidas y yo estoy atrapada en el limbo, sin avanzar hacia ninguna dirección. Es como si el mundo me hubiese abandonado. En el instituto mis amigas siguen con sus cosas, mi madre ahora te tiene a ti, mi padre tiene otra familia a la que ni siquiera conozco y yo... yo tan solo estoy aquí. Rota.

—No estás rota. Estás sanando. Tus músculos no están perdiendo fuerza, hemos desarrollado los ejercicios para asegurarnos de que en cuanto el tobillo esté listo, todo tu cuerpo también lo estará. Con los miles de horas de entrenamiento que llevas encima, recuperarás tu mejor forma muy rápido. La memoria muscular existe, Hailey. Lo conseguirás —le aseguro, aunque yo misma quisiera estar así de convencida.

—¿Cómo puedes estar segura? —inquire, secándose las lágrimas con la palma de la mano.

—Porque he visto a cientos de deportistas recuperarse de lesiones. Y tú tienes tanta determinación como el que más.

Se queda parada, muerde el labio inferior y me abraza con fuerza. Es como si necesitase ese abrazo, su cuerpo se relaja y esconde su rostro en mi cuello para llorar. En ese momento, vuelve a ser una niña necesitada de cariño más que una gimnasta en busca del sueño olímpico.

—Si no lo consigo... No es solo por mí, son también mis entrenadores, mi madre, todos los que han invertido tiempo y esfuerzo en mí. Si fallo...

—Será solo mala suerte —suspiro, besando su sien.

—Trata de decirle eso a mi madre —bufa.

Y ahí está de nuevo. La omnipresente Lucy, constante en su carrera deportiva desde que era una niña pequeña.

—Tu madre te quiere, Hailey. Y quiere lo mejor para ti.

—¿Lo mejor para mí o para ella? Porque, a veces, no estoy segura de quién va a salir a competir, si ella o yo —masculla y a mí se me parte el corazón porque sé que es un tema que debo tratar con Lucy más temprano que tarde.

—Lo mejor para ti —le aseguro—. En cuanto lo que me preguntaste en mi despacho. Yo no quiero sustituir a nadie, ni tampoco aprovecharme de nadie.

—No estoy segura de cómo me siento con todo esto. Mi madre está más feliz desde que te conoce. Eso se le nota. Llevaba una temporada muy apagada, como si su vida no tuviese

rumbo. Pero ya es bastante difícil tratar con una madre como para hacerlo con dos — bromea.

—Bueno, eso... eso ya lo iremos viendo sobre la marcha.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Te vas a mudar con nosotras? —inquire, separándose ligeramente para clavarme la mirada.

Me pilla totalmente por sorpresa y debo tomarme unos momentos para ordenar mis pensamientos.

—No creo. De momento, tu madre y yo nos estamos conociendo. Ya no somos unas niñas precisamente, así que ese proceso puede ser muy variable. Quizá vaya rápido o lento. O no ocurra nunca.

Hailey asiente lentamente con la cabeza. Aliviada y puede que algo confusa.

—Pero... te gusta, ¿no? Es decir, no es solo algo pasajero o lo que sea... o solo sexo. Mi madre parece que está bastante colgada de ti y no quiero que sufra —confiesa y no puedo evitar que se me escape una sonrisa.

—No es algo pasajero, ni sexo. Me gusta tu madre. Estoy muy a gusto con ella y si no pensase que podríamos llegar a algo serio, no lo seguiría intentando. Y, bueno, a mí también me ha dado bastante fuerte con ella —reconozco, encogiéndome de hombros.

—No me debes ninguna explicación.

—Lo sé, pero ya no eres una niña y mereces saber lo que está pasando —le explico.

—Quiero que mi madre sea feliz —admite con un suspiro—. Si tú lo consigues, yo encantada. Me gustará ver la cara de mi padre cuando le diga que mamá está con una mujer. Y ahora, creo que voy a llegar tarde a mi sesión de fisioterapia —agrega.

—¿Ya no vas a la masajista coreana?

—Te daré un poco más de confianza —susurra, encogiéndose de hombros.

Capítulo 11

Lucy

—Ay, no puedo verlo —suspiro, apartando la mirada con miedo.

—Si nota que estás nerviosa, le trasladarás tus miedos. Puede hacerlo, Lucy. Es tan solo una sesión con entrenamientos básicos y su tobillo está casi recuperado del todo —explica Violet que se ha empeñado en venir a ver el primer entrenamiento de mi hija tras la lesión, cosa que agradezco con todo mi corazón.

Consigue calmarme durante un breve espacio de tiempo, pero en el instante en que Hailey se acerca a las barras asimétricas, mi corazón da un vuelco. Recuerdo su caída, la expresión de pánico en su rostro, las otras gimnastas arremolinadas a su alrededor. Me dan ganas de correr a su lado y envolverla en un largo abrazo como cuando era pequeña y no le salía alguna rutina.

—Puede hacerlo, tranquila —insiste Violet, apretando mi hombro para infundirme unos ánimos que necesito más que el mismo aire que respiro.

Hailey se acerca al cubo de tiza, siguiendo su ritual habitual. Toma una respiración profunda, cierra los ojos, echa abundante magnesio en las manos y se coloca centrada frente al aparato.

Una nueva respiración, suelta el aire poco a poco y se lanza a por la barra inferior. Por un instante, todo parece ir bien, se balancea con suavidad, realiza movimientos entrenados en cientos de ocasiones, su cuerpo dibuja un elegante arco en el aire para atacar la barra superior. Y entonces lo veo. Una vacilación, una ligera rigidez en sus movimientos que antes no estaba allí. Termina la rutina con un desmonte sencillo para no cargar las articulaciones y muerde el labio inferior, negando la mirada a su entrenadora.

—Mierda —mascullo entre dientes.

—Yo no he notado nada —se queja Violet.

—Ha estado mal. Muy rígida, las transiciones ha sido un auténtico desastre. ¿Eso es normal? ¿No se supone que ya estaba casi curada?

—Tiene que recuperar fuerza y confianza. Es su primer entrenamiento —me recuerda—. Llevará algo de tiempo, pero lo conseguiré, ya lo verás.

Repito la rutina de nuevo y otra vez el mismo problema. El ejercicio es sólido, podría servir a nivel regional, pero carece de su brillo habitual. Hailey se gira hacia su entrenadora e incluso desde las gradas puedo ver la frustración en su mirada.

—Ha sido una mierda, joder —se queja, sentándose en uno de los bancos del gimnasio y escondiendo el rostro entre las manos.

—Es tu primer día de vuelta —le recuerda Melissa, colocando ambas manos sobre sus hombros—. No puedes pretender que todo salga perfecto después de una lesión.

Hailey niega con la cabeza, se levanta y se dirige otra vez al cubo de tiza para un tercer intento sobre las barras asimétricas.

—Debería parar. Parece muy cansada —protesto, insegura de si puedo aguantar más presión.

Violet me clava la mirada y niega muy seria.

—Necesita superar ese bloqueo mental. Si la mimamos ahora solo empeorará las cosas.

Además, el tobillo ni siquiera tiene una función en ese aparato hasta que termina la rutina y cae sobre la colchoneta. No es un problema físico, sino mental y es natural —asegura, alzando las cejas y cogiendo mi mano entre las suyas para darme ánimo.

Se dirige de nuevo a las asimétricas y su ejercicio es ahora algo más fluido. Pasa de una barra a otra, recordando parte de su antigua magia. Aun así, todavía puedo ver la tensión en su cuerpo, el esfuerzo que requiere cada movimiento. Mientras se prepara para el desmonte, contengo la respiración. Suelta la barra, gira en el aire y se me paraliza el corazón. Estoy segura de que se va a caer, pero clava el aterrizaje sobre la colchoneta y no muestra signos de dolor.

Antes de ni siquiera darme cuenta, me giro y beso a Violet. Es una pequeña victoria, pero la celebro como si hubiese conseguido ya una plaza para los Juegos Olímpicos.

Cuando nos separamos y dirijo la mirada de nuevo al gimnasio, veo a Hailey mirándonos fijamente.

—Buen trabajo, cariño —murmuro aunque no pueda escucharme, levantando ambos dedos pulgares en su dirección.

Pero Hailey simplemente se da la vuelta.

Realiza algunas rutinas más, cada una un poco mejor que la anterior aunque con imperfecciones y, cuando Melissa le indica que es todo por hoy y no da muestras de dolor, mi corazón parece que quiere salirse del pecho.

—Lo has hecho genial, Hailey —grito desde las gradas—. Estoy orgullosa de ti.

—Vete a la mierda, mamá —es la frase que obtengo como respuesta—. Ha sido horrible y lo sabes.

—Va a llevar tiempo, pero vas por muy buen camino —le asegura Violet.

—Tiempo es justo lo que no tengo —escupe, chasqueando la lengua y girando sobre sus talones de camino a las duchas.

—Ha estado bien, ¿verdad, Zoe? —comento cuando mi hija y su mejor amiga salen de los vestuarios, su pelo todavía mojado.

Zoe no ayuda demasiado y simplemente, se encoge de hombros.

—¿Ahora va a venir Violet a todos mis entrenamientos? —pregunta de golpe.

—Solo intenta ayudar —suspiro.

—¿A daros morreos mientras yo entreno le llamas ayudar? Porque parece más bien que me usáis como excusa. Ya sois un poco mayores para andar con besitos en las gradas. Para eso, quédate en casa durante mis entrenamientos y tenéis tiempo de sobra para follar.

Incluso Zoe la mira asustada, como si no pudiese creer lo que acaba de decir. Pero tanto Violet como yo nos hemos quedado de piedra.

—Sabes que eso no es así —me quejo bajando el tono de voz.

—¿No lo es? Yo estoy perdiendo todo lo que he trabajado durante años y vosotras dos estáis en la grada... estáis...

Se interrumpe a sí misma ahogando un ligero sollozo e intento abrazarla, pero coloca una mano abierta sobre mi pecho para que no me acerque más y a mí se me parte el corazón.

—Hailey —susurra Violet—. Te prometo que tú eres la máxima prioridad. Me duele que pienses que no nos importa tu recuperación.

—Ya, vale. Te veo muy metida en el papel de madre demasiado pronto —protesta, haciendo una seña a Zoe para alejarse de nosotras—. Por cierto, hoy no duermo en casa, supongo que os viene muy bien —es lo último que escucho.

Capítulo 12

Violet

El penetrante aroma a limón y ajo inunda la cocina mientras Lucy corta la albahaca con movimientos rápidos y una precisión digna de una cirujana.

—¡Guau! Para alguien que dice ser un desastre en la cocina eso tiene muy buena pinta —reconozco, apoyándome en la encimera mientras bebo un sorbo de vino tinto.

—No te emociones demasiado. Es literalmente el único plato que sé cocinar sin quemar la casa entera —bromea Lucy, inclinándose hacia mí para besarme.

—¿Sigues preocupada por la reacción de Hailey?

—Sí, mucho —confiesa con un suspiro—. Entiendo que está en una edad muy difícil y la lesión lo complica todo aún más, pero esto ya me empieza a superar.

—Es muy bueno que pase tiempo con amigas, especialmente ahora —le aseguro, acariciando lentamente su espalda—. El grupo de apoyo es esencial para cualquier deportista, te saca adelante cuando las cosas se tuercen.

Lucy detiene el cuchillo en mitad del movimiento al escuchar mis palabras.

—¿No crees que debería estar en casa con su madre?

—Está con una amiga que entiende exactamente por lo que está pasando, porque ella también tuvo una lesión larga. Necesita desahogarse.

—Seguramente estarán diciendo que somos un par de brujas —ironiza.

—De eso se trata ser una adolescente, ¿no? Los padres tienen la culpa de todo. En este caso la madre y su novia.

—Suenan extraño eso de novia —susurra.

—Tendrás que ir acostumbrándote.

—Me gustaría hacer más por Hailey —responde, girándose hacia mí para besarme.

—Haces mucho, pero tu hija también necesita espacio.

—¿Mucha experiencia lidiando con adolescentes? —pregunta alzando las cejas.

—Mucha experiencia lidiando con madres helicóptero —bromeo, antes de recibir un puñetazo cariñoso en el hombro.

—Huele delicioso —admito cuando nos sentamos a la mesa.

Los espaguetis que ha preparado están cubiertos por una salsa cremosa. El primer bocado es una explosión de sabores, el ajo, un toque picante de la pimienta negra, el sabor intenso del queso.

—¿Eres consciente de que si esto funciona bien te convertirás en madre de una hija adolescente?

—Demasiado consciente —confieso.

—¿Te asusta?

—Si te digo la verdad, sí. Me asusta mucho. Mi papel es más de apoyo, pero sí, supongo que va a ser todo un reto.

—Míralo de este modo, le queda poco menos de dos años hasta que se marche a la universidad y luego nos quedamos tú y yo solas —bromea Lucy con un gran trago de vino.

—Cualquiera diría que quieres librarte de ella.

—No, pero es extraño. ¿Sabes? Cuando no está en casa es como si me faltase algo. Ahora estás tú, sin embargo, si estoy sola siento toda la casa vacía, sin vida. Me agobio muchísimo. En cambio, cuando vuelve, hay veces que si no fuese mi hija la tiraría por la ventana —ironiza, llevándose una mano a la frente.

—Supongo que es algo natural, aunque no tengo ninguna experiencia —reconozco, colocando la palma de la mano sobre la mesa para que Lucy la coja.

La aprieta ligeramente y me acaricia con el pulgar. Pronto, recuesta la cabeza en mi cuello, dejándose mimar.

—Esto es agradable —sisea mientras beso su sien.

—¿Agradable? ¿Es lo mejor que se te ocurre? No me parece muy intenso —ironizo, frunciendo el ceño y fingiendo estar muy enfadada.

—Vale, vale, lo admito. Es... no sé... ¿jodidamente romántico? ¿Perfecto? ¿Maravilloso?

—Umm, me quedo con perfecto —bromeo, perdiéndonos en un largo beso y olvidándonos de los espaguetis, que ya empiezan a quedarse fríos sobre la mesa.

—Nunca pensé que volvería a sentirme de este modo —suspira cuando nos separamos—. Después del divorcio con mi exmarido, pensé que el amor se había acabado para mí y ahora...

—¿Y ahora?

—Joder, ahora lo quiero todo, Violet. No quiero renunciar a nada. Una pareja, una familia, una vida contigo.

Un nuevo beso, una cálida mano abriéndose paso por debajo de mi blusa, las mías tratando de desabrochar con prisa sus pantalones. Nos movemos con urgencia hacia su dormitorio y caemos sobre el colchón. La escucho gemir mientras sus pezones se endurecen entre mis dedos al tiempo que busca mi sexo.

Su cuerpo es extremadamente receptivo. Cada beso, cada caricia, la hace estremecer. Deja escapar unos deliciosos y suaves gemidos cuando deslizo la punta de mis dedos por su humedad. Cierra los ojos, muerde su labio inferior y jadea al sentirme entrar en su interior.

Se agarra a la almohada, moviendo las caderas para encontrarse con mis dedos, gimiendo cada vez que la palma de mi mano roza su clítoris. Pronto, comienza a tensarse, suelta una mano para acariciarse los pezones, los pellizca entre sus dedos mientras sus piernas tiemblan antes de dejarse llevar en un intenso orgasmo y quedarse completamente relajada.

—Eso ha sido...

—Como digas agradable te mato —bromeo y las dos estallamos en una carcajada.

—Date la vuelta —propone, susurrando suavemente junto a mi oído.

Siento el tacto de las sábanas contra mi piel desnuda mientras me tumbo bocabajo en la cama. Lucy se coloca sobre mí, me cubre con su cuerpo y el calor de su piel me hace estremecer.

Cubre mi cuello de pequeños besos antes de darme un ligero mordisco en la nuca que consigue que se me ponga la piel de gallina. Su cálido aliento en mi piel me hace temblar de deseo mientras frota sus pezones en mi espalda, creando una deliciosa fricción que pronto nos tiene gimiendo a ambas.

Se desplaza lentamente hacia abajo, acariciando mis nalgas casi con devoción, llenándolas de pequeños besos o suaves mordiscos que me hacen suspirar. A continuación, cuela una mano entre mis piernas y la punta de sus dedos se desliza por mi sexo húmedo creando una sensación casi mágica.

Simplemente los desliza, lentamente, desde el perineo hasta mi clítoris, negándome el placer de tenerlos dentro, volviéndome loca de deseo. Haciéndome rogar.

Cuando por fin siento sus dedos en mi interior, dejo escapar un largo gemido. Besa mis nalgas mientras me penetra, frota sus duros pezones en mis piernas e incrementa el ritmo hasta que todo mi cuerpo se sacude de placer.

—Joder —suspiro.

—¿Te gustó? —pregunta, frotando su sexo en mi gemelo y dejando en él un reguero de humedad.

—¿Necesito responder? —bromeo.

Lucy se tumba junto a mí en la cama, se apoya sobre el antebrazo antes de inclinarse para besar mi frente con una delicadeza sublime.

—Creo que me puedo acostumbrar a esto —ronronea.

—Menos mal, porque yo me estoy haciendo adicta —admito con un guiño de ojo.

Lucy me regala una sonrisa maravillosa y, de pronto, su rostro se torna serio.

—¿Ocurre algo?

—Quería preguntarte una cosa. No sé, es un poco precipitado, pero me gustaría saberlo. En el caso de que lo nuestro funcione...

—Funcionará —interrumpo.

—Bueno, si lo hace... te gustaría... ¿Te gustaría tener un bebé? —pregunta con miedo.

—¿Yo?

—Bueno, preferiría ser yo la madre biológica. Me apetece volver a pasar por esa experiencia ahora que Hailey es mayor y sería increíble vivirlo a tu lado —confiesa con los ojos humedecidos.

—Sería muy bonito. La verdad es que había abandonado la esperanza de que eso sucediese y junto a ti... Estaría muy bien —reconozco.

Lucy alza los ojos al cielo y dibuja en sus labios una sonrisa maravillosa. Pero justo cuando está a punto de hablar...

—¡Mamá! Siento haberme comportado como una idiota en el entrenamiento —chilla Hailey.

—¡No entres! —gritamos al unísono, cubriéndonos instintivamente con la sábana.

—Joder, mamá... ¿Qué coño...? —protesta antes de encerrarse en su habitación con un sonoro portazo.

—Mierda —masculla Lucy entre dientes, colocándose torpemente una camiseta por encima antes de salir al pasillo.

Desde la puerta, me mira nerviosa, como si estuviese esperando que yo le diese instrucciones para manejar una situación que para mí es de lo más incómodo.

—Creí que pasaría la noche entera con Zoe —susurra.

—Vamos a tratar de mantener la calma. No entremos en pánico —respondo de vuelta, vistiéndome yo también para estar a su lado.

Capítulo 13

Lucy

El silencio en la casa se hace ensordecedor, roto tan solo por los sollozos ahogados que se escuchan tras la puerta del dormitorio de Hailey. Me detengo frente a ella, la mano suspendida sobre el pomo, paralizada por la indecisión.

—Hailey, ¿podemos hablar de esto un instante? —pregunto con miedo.

Pero no hay respuesta.

Me giro hacia Violet, que se mantiene a unos pasos de distancia y deja escapar un suspiro repleto de culpa.

—¿Hailey? —insisto.

—¡Vete a la mierda, mamá! —chilla mi hija—. ¡Déjame en paz! Solo te pido eso, que me dejes en paz de una jodida vez. Tú sigue follándote a la doctora Anderson como si yo no estuviese aquí. Ya me pongo los cascos de música para no escucharos.

Me cubro la boca con la mano derecha y se me escapan las lágrimas. Violet se acerca a mí, me abraza con suavidad y no consigo hacer otra cosa que apoyar la cabeza en su cuello y seguir llorando.

—Dale espacio —susurra antes de besar mi sien.

Asiento lentamente con la cabeza, apretando su cuerpo en un intento desesperado de olvidar lo que siento.

—Pensé que no vendría hasta mañana —admito con un suspiro.

—Son cosas que pasan. No es agradable, pero no creo que haya que darle muchas vueltas. El problema es que ella venía a hablar contigo y se ha encontrado con una situación muy diferente a la que esperaba. Se le pasará, ya lo verás. Lo mejor es que me vaya y hables con ella cuando se despierte. Es mejor que se acostumbre poco a poco —añade, separándose ligeramente para colocar su frente sobre la mía.

—No te vayas. Ya es tarde para que se entere poco a poco, ¿no crees? —la detengo, cogiéndola por la muñeca—. Además, yo... bueno, me gustaría que pasases aquí la noche, supongo que ahora mismo necesito tu apoyo.

—¿Estás segura? No quiero empeorar las cosas.

—¿Tú estás segura de que quieres ir en serio con esto? —inquiero.

—Sí —responde sin dudar.

—Pues, lidiar con una hija adolescente también es parte del trato —le recuerdo, encogiéndome de hombros y alzando las cejas—. Quédate, por favor.

Violet accede y me sigue hacia el salón, donde nos desplomamos en el sofá. El reloj de la pared parece retumbar con una intensidad antinatural esta noche.

—¿Abrimos una botella de vino? —propongo.

—Creo que me vendría bien algo más fuerte, si tienes —confiesa Violet, pasándose las manos por el pelo.

—¿Whisky?

—Con una piedra de hielo, por favor.

—Esto ha sido una cagada —admito, sentándome junto a ella y entregándole el vaso de whisky.

La mañana me despierta tumbada en el sofá del salón. Violet ya se ha levantado y escucho el sonido de la cafetera en la cocina.

—Pensé que te vendría bien uno de estos —indica, entregándome una taza de café recién hecho.

—Creo que quizá me venga mejor otro vaso de whisky como el de anoche. Ahora llega el momento de la verdad —mascullo, aceptando la taza de café y prácticamente bebiéndola de un solo trago.

—¿Quieres que te acompañe? ¿Prefieres que me vaya?

—Quédate, por favor —solicito, apretando su mano entre las mías—. Pero deséame suerte —agrego, inclinándome para darle un beso en la mejilla.

Como la noche anterior, me detengo frente a la puerta del dormitorio de Hailey. Llamo un par de veces con miedo, pero no hay respuesta.

—Hailey, ¿podemos hablar, por favor?

Silencio.

Un silencio sepulcral y a mí se me encoge el corazón.

—Quizá está dormida —susurra Violet desde el otro lado del pasillo.

Respirando hondo, empujo la puerta con cuidado y me la encuentro sentada en la cama, apoyada en el cabecero, apretando las rodillas contra el pecho. Sus ojos enrojecidos de haber llorado.

—Lárgate de mi habitación —gruñe sin ni siquiera mirarme.

—Ni hablar, Hailey —suspiro, negando lentamente con la cabeza—. Tenemos que hablar de esto, lo quieras o no. Es importante.

—¿Por qué no me dejas vivir tranquila, mamá? Vete con tu doctora y déjame en paz.

—¿Tanto te molesta que sienta algo por Violet?

—Vete a la mierda —es la única respuesta que recibo.

—¿Te vas a comportar como una niña de cinco años?

—¿Y tú te vas a comportar como una adolescente con las hormonas disparadas? No me importa que sientas algo por ella. Tampoco que sea una mujer, a ver si te enteras de una jodida vez. Lo que me molesta es que apenas la conoces y, de repente, he dejado de existir para ti. Me he convertido en un estorbo. Solo tienes ojos para tu doctora y yo ya no pinto nada.

—Eso no es así —le aseguro, sentándome en la cama junto a ella.

—Admítelo, mamá. Se supone que tendrías que estar apoyándome, me juego muchísimo con esta lesión. En cambio, te pasas el día con esa mujer, que se supone que también debería estar ayudándome. Así, que... ya ves... estoy doblemente jodida. De un golpe me quedo sin madre y sin doctora —espeta chasqueando la lengua antes de retirarme la mirada.

—No te has quedado sin ninguna de las dos. Todo lo contrario, seguimos estando aquí para ti. Yo soy tu madre y Violet quiere que te recuperes lo antes posible para esa competición. Además...

—Solo tenéis ojos la una para la otra, joder —protesta—. Me dijo que ya estaba recuperada para empezar a entrenar y ya ves qué mierda de entrenamiento.

De pronto, un ruido llama nuestra atención y ambas desviamos la mirada hacia la puerta.

—Hailey, es totalmente normal que el primer entrenamiento tras una lesión no esté al mismo nivel que el que tenías antes —indica Violet, entrando lentamente en la habitación.

—¡Fuera, joder! —chilla mi hija, lanzando un cojín que por suerte falla su objetivo.

—Está bien, está bien, tranquila. Solo quería ayudar, ya me voy —asegura Violet, levantando las manos en señal de que no quiere discutir.

—No estás ayudando, solo estás jodiéndolo todo —ladra Hailey, cerrando los puños con rabia—. ¡Fuera tú también, mamá! —añade con un nuevo grito.

Meneo la cabeza y alzo los ojos al cielo. Sé que cuando se pone así no hay manera de razonar con ella, así que opto por abandonar yo también su dormitorio y seguir a Violet hasta el salón.

—Lo siento —suspiro, colocando las manos en su cintura.

—Pensé que funcionaría, pero pienso que lo mejor es transferir su caso a la doctora Ramírez y salir de vuestra vida durante un tiempo.

Escuchar esas palabras me dejan literalmente temblando.

—¿Qué dices? —inquiero con el corazón en un puño.

—Solo os estoy haciendo daño, Lucy —explica con los ojos humedecidos—. Te quiero, pero Hailey está en un momento muy difícil de su vida. Necesita que pase la selección del equipo de los Juegos Olímpicos, para bien o para mal, pero que pase. Yo solo soy una distracción negativa en su recuperación.

—No es así —le aseguro, rompiéndome por dentro.

—Las dos sabemos que es así, Lucy. Tiene celos, se siente insegura. En estos momentos necesita a su madre más que nunca y me ve como una amenaza. No funcionará, no ahora.

—Pero... esto no es definitivo, ¿verdad? —pregunto con miedo, mi voz apenas un susurro.

—No, no lo es. Al menos, eso espero —me asegura—. Lo que siento por ti no se va a pasar en un mes y medio. Cuando se acabe ese torneo, podemos evaluar de nuevo cómo están las cosas y decidir si seguir adelante.

—No te vayas, por favor —ruego, secando con la palma de la mano las lágrimas que ruedan por mis mejillas.

—Creí que podría ayudar, pero solo estoy empeorando las cosas —admite, desviando la mirada y mordiendo el labio inferior en un gesto de dolor.

Quiero correr tras ella, suplicarle que se quede, pero permanezco clavada en el sitio, paralizada por el miedo, dividida entre mi hija y el amor que comienzo a sentir por Violet.

Rota.

Capítulo 14

Violet

Es como si las historias médicas esparcidas por encima de mi mesa de despacho quisiesen burlarse de mí. No sé las horas que llevo revisando estos documentos sin descanso, pero, aun así, me obligo a mí misma a enfocarme en un texto que comienza a estar ya borroso. Lo que sea para mantener mi mente alejada de Lucy... y de Hailey.

—Mierda —mascullo entre dientes, frotándome la sien antes de dejar escapar un largo soplo. Hace ya tiempo que se ha acabado mi turno y el cansancio hace mella. Miro el reloj y me dejo caer sobre la silla de cuero. Llevo en el hospital catorce horas seguidas. Las luces parpadean de manera fugaz, como si ellas también necesitasen un descanso.

El suave golpe de unos nudillos en la puerta del despacho me sobresalta.

—Adelante —indico, tratando de ordenar la mesa de manera precipitada.

Arya asoma la cabeza, su pelo oscuro se escapa de una cola de caballo despeinada.

—Joder, tienes una pinta de mierda —susurra al verme—. ¿Qué coño haces todavía en el hospital, capulla?

—Gracias, siempre sabes cómo hacer que me sienta especial —bromeo—. ¿Qué haces tú?

—Un reemplazo de válvula aórtica que se complicó más de la cuenta. Casi nos quedamos sin paciente —admite, encogiéndose de hombros.

—¿Huele a café?

—Pensé que podrías necesitarlo —anuncia, extendiendo el brazo para entregarme una taza—. ¿Piensas mudarte aquí, o qué?

Sonríó ante su comentario y bebo un gran sorbo, haciendo una mueca ante lo caliente que está.

—Me lo estoy planteando, así no tendría que lidiar con... —me interrumpo, sin querer terminar mi propio pensamiento.

—¿Hailey o su madre? —inquire Arya, alzando una ceja con curiosidad.

—Supongo que ambas —confieso con un bufido.

—Pensaba que todo iba muy bien entre vosotras.

—Iba, tú lo has dicho. Hailey me odia y Lucy... bueno, digamos que nuestra última conversación no terminó bien. Joder, Arya, no sé qué hacer. Ahora mismo soy más un estorbo para ella que una ayuda —admito, escondiendo el rostro entre las manos.

—A ver... ¡cuéntame! —indica, espatarrándose en la silla frente a mí y sacando una petaca con algún licor de su bolsillo.

—Vete para casa, anda. Es muy tarde y Patricia te estará esperando.

—Patricia estará dormida, así que da igual tardar un poco más o menos en volver. Además, tenemos que terminar esto entre las dos —anuncia, echando un buen chorro de whisky en mi taza de café y haciendo lo mismo en la suya.

La mezcla del whisky con los restos del café es inicialmente un poco rara, pero, pronto, damos buena cuenta del contenido de la petaca y no me parece tan mala idea contarle mis penas.

—Es todo una auténtica mierda —confieso pasándome una mano por la melena—. Esa

chica me odia. A ver, entiendo que esté frustrada y todo eso. Tiene que ser muy duro dedicar tantísimas horas y esfuerzo a entrenar y ver de cerca la posibilidad de que tus sueños olímpicos se hagan añicos de un solo golpe. Pero es que me echa la culpa de todo, como si yo fuese el enemigo y no su traumatóloga.

—O la novia de su madre.

—Eso tampoco parece llevarlo bien —suspiro.

—Joder, capulla. Se siente desplazada en el peor momento posible. Es una adolescente, con todo lo que eso conlleva. No se entiende ni a ella misma. Buah, tendrías que haberme conocido a mí a los dieciséis años... mejor no te doy detalles. Pero, bueno, lo que te quiero decir es que juntas una edad complicada con una lesión que puede acabar con su sueño de ir a los Juegos Olímpicos y tienes una bomba. Añade a todo eso que su madre, que siempre estuvo con hombres, se enamora de su doctora y la liamos. Se siente desplazada —repite.

—Es que yo no pretendo desplazarla —me quejo—. Tan solo quiero ayudar.

—Pero ella no lo ve así. Vamos a recapitular. Espera, no tienes más whisky, ¿verdad?

Pongo los ojos en blanco y niego con la cabeza. No sé por qué se le ha pasado por la cabeza que puedo tener whisky en el despacho del hospital y prefiero no preguntarle por qué ella llevaba una petaca llena.

—Vale, vamos paso a paso. Estás colada por la madre helicóptero, pero su hija te odia. Y ahora, ¿ambas te evitan como si tuvieses la peste?

—Lucy no me evita, simplemente hemos decidido darnos un tiempo hasta que Hailey se aclare —corrijo—. Y poniéndolo así suena ridículo.

—Eso es porque es ridículo, joder. Se nota que no tienes hijos. Los adolescentes son una pesadilla, deberías ver las tonterías que hace Liam a veces. Joder, hasta mi gato Darío está pasando ahora por una fase rebelde. Una pesadilla —vuelve a decir.

—¿Tu gato?

—Sí, el que sabe abrir las puertas, no el otro. Es un capullo, el muy idiota se dedica a subirse a la encimera de la cocina y tira todo lo que encuentre allí. O a morderle los dedos de los pies a Patricia por la mañana. A mí no se atreve —explica.

Entre la manera en la que lo cuenta y los gestos que hace, consigue sacarme una pequeña carcajada que necesitaba demasiado.

—¿Qué coño tiene que ver tu gato Darío con todo esto, Arya? —protesto, llevándome una mano a la frente.

—Pues eso, que no te lo puedes tomar de manera personal. La chica está asustada y, aunque pretenda hacerse la dura y se crea que con dieciséis años es muy mayor, ahora se encuentra en dificultades y necesita a su madre. Está muerta de miedo, buscando mimos, mientras su madre está estudiando anatomía con su doctora. Normal que te odie.

—No me estás ayudando —me quejo—. ¿Y Lucy? Ella no está pasando por la adolescencia.

—No, pero es posible que esté bastante asustada también. Piénsalo. Tenía toda su vida estructurada en torno a su hija. Pero estructurada a lo bestia, entrenamientos, viajes, posibles Juegos Olímpicos. Lleva casi diez años sin nadie en su vida que no sea esa chica y, de pronto, apareces tú y lo pones todo patas arriba, porque encima ha tenido que plantearse si siempre le han gustado las mujeres y no se permitió a sí misma seguir adelante o qué ocurre. Un caos —añade, alzando las manos y haciendo un gesto como si le explotase la cabeza—. No puede hacer nada para ayudar a su hija con la lesión y al mismo tiempo, las hormonas contraatacan.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer? —pregunto, clavando los codos y entrelazando los dedos mientras coloco la barbilla sobre ellos.

—Supongo que lo que estabas haciendo no es mala opción. No tienes mucha prisa, no te ofendas, pero ya tienes una edad...

—Menos que tú —le recuerdo.

—Pero yo tengo corazón de adolescente —bromea—. Bueno, resumiendo. Deja que las cosas se asienten. Tú has hecho tu parte, la mamá osa sabe que sientes algo por ella y que las cosas pueden funcionar entre vosotras. Para bien o para mal, las pruebas para seleccionar el equipo olímpico de gimnasia están a poco más de un mes. Ese momento llegará, estés tú revoloteando alrededor o no. Ofrécele tu apoyo a Lucy en un par de días, pero no la agobies —aconseja, antes de levantarse y salir del despacho.

La mañana siguiente en el hospital, el día se alarga en una nebulosa de consultas y papeleo cuando suena el teléfono.

—Doctora Anderson al habla —respondo, al ver que llaman del área de enfermería.

—Buenos días, Violet, soy Mei. Tenemos un problema con uno de los pacientes que operaste la semana pasada, el señor Wilson de la 304. Al parecer, ha tropezado y se ha caído al suelo sobre la rodilla recién operada. ¿Puedes venir cuanto antes? —solicita la enfermera Chen.

Corro a la habitación 304 y la situación no pinta nada bien. Le dije un millón de veces que debía moverse lo menos posible y siempre con dos muletas. Pero este hombre es uno de esos pacientes que creen saberlo todo y ahora seguramente habrá que operar de nuevo.

Salgo de la habitación hecha una furia, ordenando una serie de pruebas para evaluar el alcance de la lesión y, de pronto, siento que mi respiración se vuelve más rápida y superficial. La sala de enfermería parece inclinarse, los bordes de mi visión se tornan borrosos. Tropiezo, derribando una pila de historiales médicos que había sobre una de las mesas a la que intento agarrarme.

—¿Doctora Anderson? —la voz de la enfermera Chen suena lejana—. ¿Estás bien, Violet?

Intento responder, pero las palabras se niegan a salir de mi garganta. Mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que se puede ver a través de la bata. La sala se cierne sobre mí, el aire espeso y sofocante.

—Necesito... solo necesito un minuto —logro decir entre jadeos, tambaleándome en un intento por alcanzar una de las sillas, pero mis piernas no cooperan y me encuentro sentada en el suelo, con la espalda contra la pared.

Escucho a Mei Chen solicitando ayuda. Se acercan pasos, luego, una voz familiar se cuela a través del caos.

—Joder, capulla, ¿qué te ocurre? No me digas que te va a dar un infarto.

Los enormes ojos oscuros de Arya me miran con preocupación. Se arrodilla a mi lado mientras revisa mi pulso.

—Muy bien, concéntrate en mi voz, ¿de acuerdo? Vamos a respirar juntas, ¿puedes hacerlo? Mírame, Violet —insiste—. Concéntrate en mi voz.

Trato de enfocarme en ella, pero el mundo a mi alrededor continúa girando de manera vertiginosa. Siento la boca seca, con un ligero sabor metálico que me provoca náuseas. Cada vez que intento hablar, tan solo un sollozo entrecortado se escapa de mi garganta.

—Respira conmigo, capulla —repite, acunando mi rostro entre sus manos.

La observo inhalar profundamente, exagerando el movimiento de su pecho para que me resulte más fácil seguir el ritmo. Intento imitarla, pero mi respiración sigue siendo errática.

Mientras luchamos juntas, el tiempo parece estirarse. Cada segundo parece una eternidad de terror y confusión, pero, poco a poco, comienzo a recuperar una parte del control.

Mi visión se aclara lentamente. Los sonidos dejan de ser una amalgama difícil de identificar. El aire fluye más fácilmente en mis pulmones. Incluso mi corazón, aunque todavía acelerado, ya no amenaza con salir corriendo de mi pecho.

Finalmente, logro fijar la mirada en Arya y una sonrisa de alivio se dibuja en sus labios.

—Estás de vuelta, Anderson. No vuelvas a pegarme un susto de estos —suspira, colocando su frente sobre la mía—. Ahora, vamos a saquear el alijo secreto de gominolas que guardo en mi despacho y a hablar sobre lo que te ocurre.

Capítulo 15

Violet

—¿Un ataque de ansiedad? —mascullo entre dientes mientras reviso de nuevo los resultados del análisis de sangre para verificar los niveles de hormonas tiroideas sin encontrar nada fuera de lo común.

—Tampoco el electrocardiograma muestra ninguna anomalía. Si lo piensas fríamente, es mucho mejor así, capulla —responde Arya, encogiéndose de hombros.

—Soy cirujana —le recuerdo, dejando caer mi voz hasta hacerla poco más que un susurro.

—Te pondremos una niñera cuando entres en el quirófano. Vamos, Violet, joder. Estás pasando por una situación de mucho estrés con el monstruito adolescente y su madre. Le puede pasar a cualquiera.

Apenas la escucho. Mi mente vuela a Lucy una vez más. Es como un bucle, siempre acabo en el mismo sitio. ¿Cómo se lo voy a decir? ¿Debería decírselo?

—Eh, Anderson. ¿Todo bien ahí dentro? —bromea Arya, golpeando mi frente con la punta de los dedos—. Te has quedado en blanco. No he insultado a tu madre sin darme cuenta, ¿verdad?

—Perdona, solo estaba pensando —me disculpo.

—Ya, bueno, desde aquí se parecía más a que tu mente se había ido de excursión a algún lugar lejano, pero bueno.

—Es... es complicado —reconozco.

—¿Y cuándo no lo es? ¿Sigues dando vueltas a lo de Lucy?

—No...

—¿No?

—Bueno, sí. Joder, sé que lo más fácil es dejar pasar el tiempo, pero no puedo. Me va a explotar la cabeza, Arya. No puedo seguir así —admito.

—¿Por qué no intentas hablar con la chica en algún sitio neutral?

—¿Con Hailey?

—No, joder, con el ratoncito Pérez. Claro que con Hailey, capulla. Trata de aclarar las cosas con ella. Explícale tu punto de vista. Es una chica inteligente y ya ha transcurrido el suficiente tiempo como para que se le haya pasado el cabreo inicial.

—No sé si eso es buena idea —titubeo con una mezcla entre terror y esperanza.

—Lo que no es buena idea es andar por ahí medio deprimida, como si alguien se hubiese hecho pis en tu desayuno. No sé qué puedes perder. Si no quiere verte o se pone como una histérica contigo estarías en el mismo punto en el que te encuentras ahora —explica Arya abriendo las manos como si su razonamiento fuese lo más obvio de este mundo.

—Supongo que podría intentarlo —suspiro.

—De ese modo, también le demostrarías a su madre que estás haciendo todo lo posible por arreglar vuestra situación. Es una muestra de que te importa de verdad y que no la quieres solo para follar.

—No piensa eso, ¿no?

—¿Cómo voy a saberlo, capulla? Si de verdad la quieres, lucha por ella. Y ahora,

escúchame —añade, inclinándose hacia adelante con el rostro serio—. Eres una doctora increíble, pero también eres humana. Tener un ataque de ansiedad no te hace débil o incompetente. Te hace una persona.

—Gracias, Arya.

—Ahora, habla con esa chica y explícale tu postura, dile que lo tuyo con su madre va en serio. Convéncela de algún modo. Podría hacerlo yo por ti, si quieres, pero me deberías una cena en algún restaurante muy caro —bromea, dándome una palmadita en la espalda antes de salir del despacho y cuando le lanzo la pelota antiestrés, ya está alejándose por el pasillo, levantando una mano para decir adiós.

Con un largo soplo, saco el teléfono móvil y busco el contacto de Hailey. Mis dedos tiemblan ligeramente sobre la pantalla, pero quizá Arya tenga razón y sea el momento de coger el toro por los cuernos.

Yo: hola, Hailey. Soy Violet. Me gustaría hablar contigo, avísame si te apetece.

Ha sonado un poco patético, pero ya está hecho.

Hailey: ¿en el Starbucks que hace esquina con tu hospital en una hora?

La respuesta no se hace esperar y una sonrisa tonta se dibuja en mis labios. Primer obstáculo superado.

Rodeo con los dedos la taza de café como si su calor pudiese calmar mis nervios. Frente a mí, al otro lado de la mesa, Hailey juega con una servilleta, su mirada se mueve nerviosa de lado a lado, como si estar en este lugar fuese lo último que desea en su vida.

—¿Está bueno el chocolate caliente? —pregunto para romper el hielo, aunque por la cara que ha puesto Hailey, seguramente esperaba de mí un comentario más inteligente.

—Está bien, supongo —responde encogiéndose de hombros.

Silencio.

Otra vez ese silencio incómodo. Denso. Esto no está funcionando.

—Mira, Hailey, te pedí que vinieses porque, quizá te debo una disculpa. Verás...

—¿Por? —interrumpe, alzando las cejas.

—Quizá debí ser más clara contigo sobre mis sentimientos hacia tu madre. Pensé que en aquella conversación que tuvimos había quedado zanjado, pero posiblemente no.

—Te lo pregunto de nuevo. ¿Estáis saliendo en serio o solo teniendo sexo? —espeta de pronto.

—Estamos saliendo en serio. Bueno, ahora ya no sé muy bien en qué punto estamos —reconozco sorprendida por lo directa que ha sido su pregunta.

—¿Y yo...dónde quedo en todo esto? —inquieta antes de dar un largo trago a su chocolate caliente.

—Tú eres lo más importante para tu madre. Eso no va a cambiar porque otra persona entre en su vida. Es algo que tenemos muy claro y yo nunca haré nada que la aleje de ti —le aseguro.

—Pues da la impresión de que yo solo he sido una forma de llegar a ella. O quizá al revés. Una forma para que mi madre llegase a ti —protesta, chasqueando la lengua.

—No es así —le aseguro con un suspiro.

—¿La quieres de verdad?

—Ya te he dicho antes que sí. Es un poco incómodo discutir esto contigo, pero sí, lo que siento por ella es real, no es solo... ya sabes...

—¿Sexo?

—Hailey, esto es una conversación muy incómoda. Me encanta que trates de proteger a tu madre, pero es una mujer adulta —le recuerdo.

—Solo he venido por un motivo —confiesa de golpe—. Mi madre no deja de llorar desde que te fuiste hace unos días. Trata de disimularlo, pero se le nota demasiado. No quiero verla así.

—Mis padres se divorciaron cuando yo tenía trece años y luego mi madre empezó a salir con un hombre que vino a vivir a casa cuando yo tenía quince. Sé que da un poco de miedo. Rompe el equilibrio que has creado con tu madre, pero sé lo importante que eres para ella y eso no va a cambiar.

—¿Qué tal salió?

—Como un cuento de hadas, pero en plan madrastra malvada en versión masculina, sobre todo los fines de semana que venían sus dos hijas a casa —agrego, poniendo los ojos en blanco y llevándome una mano a la frente al recordar aquellos años.

Hailey sonríe, la primera vez que lo hace desde que nos hemos sentado en esta mesa, y creo que es un gran avance.

—¿Qué tal tus sesiones de entrenamiento? —inquiero para cambiar de tema.

En ese instante, los ojos de Hailey se iluminan y de repente, comienza a hablar mucho más animada.

—Aquel primer día de entrenamiento pensé que todo estaba perdido, pero resulta que tenías razón. La memoria muscular es importante. Mi cuerpo sabe lo que debe hacer a pesar de haber detenido los entrenamientos y estoy avanzando muy rápido —admite con una sonrisa llena de orgullo.

—Has adelgazado, ¿no? ¿Estás comiendo bien?

—Supongo que es la vuelta al entrenamiento —explica con una sonrisa algo tímida—. ¿Hablarás con mi madre?

—¿Quieres que lo haga?

—Quiero verla feliz —susurra antes de despedirse para irse a entrenar.

Capítulo 16

Lucy

Insomnio.

Una vez más. Lo odio. El sueño me elude de nuevo, pero en los últimos días ha sido aún peor. Observo fijamente el techo. Trazo los familiares patrones de sombras que proyecta la luz de las farolas como si eso pudiese ayudarme de algún modo. Supongo que es mejor que comprobar la hora cada cinco minutos sin que el reloj avance gran cosa.

Repaso en bucle los acontecimientos de los últimos dos meses con la mente acelerada. La lesión de Hailey. El miedo. Las agonizantes semanas de recuperación. Esa doctora que no daba su brazo a torcer a la que odié en las primeras consultas. La montaña rusa de emociones. La presencia constante de Violet abriéndose poco a poco camino hacia mi corazón. La manera en que mi piel se eriza con cada una de sus caricias... Su marcha.

Me giro y golpeo la almohada con frustración. Daría cualquier cosa por poder detener mi cerebro durante un rato.

Hailey ha vuelto a quedarse a dormir en casa de Zoe. Seguramente, quejándose de lo mala madre que soy. Aun así, prefiero que recupere la normalidad de ese modo, está mejor con su amiga que con una madre que empieza a estar demasiado amargada como para estar a su lado.

Desesperada, cojo el teléfono móvil y deslizo el dedo por la pantalla en busca de alguna fotografía que me haga sonreír. Me detengo en una de ellas. Es de hace ocho años. Hailey sonríe orgullosa con su primer gran trofeo. Mi exmarido y yo permanecemos a su lado con cara de idiotas. Fue unos meses antes de que todo se fuese a la mierda, aunque, ya en aquella época, lo único que nos mantenía unidos era la rutina y los triunfos de nuestra hija. James no tardó mucho en rehacer su vida. Dicen que ahora es feliz con su nueva familia. ¿Por qué yo no puedo hacerlo?

—A la mierda, joder —mascullo entre dientes mientras aparto las sábanas. Hoy tampoco dormiré gran cosa.

Bajo desnuda las escaleras, ni siquiera me molesto en ponerme algo de ropa. La casa está vacía, dolorosamente solitaria mientras siento el frío de las baldosas de la cocina en mis pies descalzos.

Preparo un té y mi mirada se pierde en el pasillo. Me recorre una extraña punzada de dolor. Casi puedo ver a una pequeña Hailey haciendo la rueda sin cesar o apoyándose en la pared del salón para hacer el pino.

El silbido de la tetera me sobresalta y me devuelve bruscamente a la realidad. Vierto el agua hirviendo en una taza y pongo una bolsita de manzanilla, esperando que ayude a conciliar el sueño.

Rodeo la taza con las manos como si el calor que desprende pudiese calmarme y reviso de nuevo las fotos. Sonrío sin querer al ver nuevas imágenes de mi hija. Es como un viaje temporal desde aquella niña rubia y ligeramente regordeta que empezaba en la gimnasia con apenas cinco años hasta la joven en la que se ha convertido ahora. La adoro, aunque a veces me den ganas de tirarla por la ventana.

¿Cuándo se hizo tan mayor?

Parece que fue ayer cuando perseguía a una Hailey con coletas, corriendo incansable por cualquier parque infantil o intentando colgarse de la primera barra que veía por la calle. Pronto se irá a la universidad, seguirá compitiendo. Más tarde, encontrará un trabajo y se irá a vivir con su pareja.

Y mientras tanto, ¿yo?

Una exgimnasta que no llegó a nada reconvertida en profesora de historia. Aferrándome con todas mis fuerzas a los sueños olímpicos de mi hija como si eso pudiese detener el tiempo. Incapaz de llenar una vida vacía.

—Te estás haciendo vieja, Lucy —susurro para mí misma.

El reloj de la pared marca las tres de la madrugada. Debería dormir algo, pero me encuentro con una foto de Violet. Se la tomé en el Starbucks que hace esquina con su hospital. Tiene la marca del café en los labios y recuerdo que me dieron ganas de limpiarla con los míos.

Creí que funcionaría. Realmente llegué a pensarlo. Violet llenó mis días de vida, cada mañana me levantaba con la ilusión de hablar con ella. Todo mi cuerpo se estremecía a su lado. Y ahora... Estoy demasiado asustada como para enfrentarme a mi hija y luchar por ella.

El repentino zumbido de mi teléfono móvil me hace saltar. Abro los ojos y ya se ha hecho de día. El dolor de espalda me recuerda que me he quedado dormida en el sofá del salón como una idiota.

—¿Mamá? No te he despertado, ¿verdad? —pregunta Hailey al otro lado de la línea.

—No, qué va, llevo ya un buen rato levantada —miento—. ¿Todo bien en casa de Zoe?

—Entre el entrenamiento y lo de pasar la noche en su casa se me olvidó decirte que ayer estuve con Violet —suelta de pronto y mi corazón se salta varios latidos al escucharla.

Silencio.

—¿Mamá? ¿Sigues ahí?

—¿Has estado con Violet? —logro preguntar, aunque mi voz es apenas un susurro.

—Sí, me invitó a tomar un chocolate caliente en el Starbucks y tuvimos una charla... interesante.

—¿Interesante?

—Sí, bueno... a ver cómo te lo explico. Quizá he sido un poco egoísta. Supongo que debería estar contenta por ti, porque la doctora Anderson te hace feliz y esas cosas.

—¿Esas cosas?

—No me hagas entrar en detalles, mamá. Ya sabes a lo que me refiero —protesta y puedo escuchar las risas de Zoe a su lado.

—Lo que intento decir es que quiero que seas feliz y Violet parece maja en el fondo. Sigo sin confiar del todo en ella, pero supongo que podría ser mucho peor a juzgar por las historias que cuentan mis amigas y...

—¿No te importaría si salgo con Violet?

—Es lo que trato de decir, mamá.

—¿Y si viene a vivir a casa?

—Sí que estás intensa —bromea.

Ahora escucho las risitas tanto de Zoe como de Hailey y prefiero no pensar sobre lo que hablarán más tarde de mí.

—Dijo que te llamaría para hablar contigo, pero, no sé. Si te adelantas yo creo que

ganarías algunos puntos —añade y de nuevo escucho las risas de ambas.

Cuando corta la llamada me quedo de piedra. ¿Puede ser tan sencillo? Después de la agonía que he estado pasando estos días, con todo lo que he llorado, ¿lo único que se necesitaba era una conversación con mi hija?

Nerviosa, busco su contacto en el teléfono móvil y escribo un mensaje precipitado.

Yo: ¿Podemos hablar?

Mierda, me ha quedado muy seco, pero quizá esté trabajando y no quiero interrumpirla.

Violet: Tengo el día libre, podemos hablar todo lo que tú quieras. Seguido de un guiño de ojo.

Yo: Un momento, ahora te digo.

Casi temblando, llamo a mi hija y parece que yo soy la adolescente y ella la madre.

—¿Mamá?

—¿A qué hora vuelves? —me apresuro a preguntar.

—¿Has hablado con Violet?

—Sí —suspiro.

—Dile que las dejamos todo el día —susurra a su lado Zoe, muerta de risa.

—Dice Zoe que me puedo quedar en su casa una noche más. Volveré mañana —disimula Hailey como si yo no hubiese escuchado el comentario de su amiga.

Una hora más tarde, Violet aparca su BMW negro frente a mi casa y yo tiemblo de la cabeza a los pies.

—Hola, extraña —saluda con un guiño de ojo y una sonrisa por la que se podría morir—. Hace mucho tiempo que no nos vemos.

—Demasiado —suspiro.

—He hablado con Hailey y...

—Lo sé, y te debo una disculpa.

Pero antes de que pueda seguir hablando, Violet coloca las manos en mi cintura y me empuja contra la pared, sellando mis labios con un beso que en estos momentos me parece perfecto.

—¿Eso significa que estamos bien? —inquiero con la respiración entrecortada.

—Siempre hemos estado bien —responde antes de besarme de nuevo—. Bueno, quizá la primera semana, no tanto. Tenía ganas de estrangularte—añade cuando nos separamos.

Antes de que quiera darme cuenta, mis manos se cuelan por debajo de su blusa mientras me froto contra su muslo en un nuevo y larguísimo beso.

—Espera, espera, fiera. Te recuerdo que la última vez Hailey no se lo tomó nada bien —suspira, tirando de mi camiseta hacia arriba y desabrochando mi sujetador.

—Ha dicho que nos da todo el día —siseo bajando sus pantalones.

—¿Todo el día? ¿De verdad ha dicho eso?

—Sí. ¿Quieres colaborar? No puedo quitarte los pantalones si no paras de moverte —me quejo.

Pronto, estamos desnudas en el sofá del salón y el sonido de nuestros besos, acompañado con algún que otro suave gemido, es el único sonido que se escucha. Sentadas, entrelazamos nuestras piernas mientras Violet besa mis hombros y yo peino su melena entre mis dedos.

Sentándome a horcajadas sobre ella, gimo al sentir su lengua en mis pezones. Los chupa con una delicadeza exquisita, como si supiese en cada instante lo que necesito.

—¡Tumbate! —propongo, rodeándola con los brazos para colocarme sobre ella.

Violet sonrío, gime al sentir mis pezones acariciando los suyos mientras nuestros sexos se

deslizan el uno sobre el otro en una maravillosa danza de humedad y deseo.

—No sabes cuánto quería esto —susurra entre gemidos.

Y lo cierto es que yo debía necesitarlo también, porque en nada de tiempo tengo uno de los orgasmos más rápidos de mi vida.

Violet se tumba a mi lado y me cubre de besos mientras recupero la respiración, pero me doy cuenta de que no puede más. Los besos se van haciendo cada vez más pasionales, se frota con mi muslo y pronto se coloca a horcajadas sobre mi cara, bajando su sexo hasta mi boca.

Por algún motivo que no alcanzo a comprender, la primera vez que estuve tan cerca de su sexo pensé que no me gustaría, pero reconozco que besarlo, sentir en mis labios la humedad de su excitación, es una experiencia única.

Lo abre con los dedos para que lo lama. Deslizo la lengua por su clítoris, muerdo con delicadeza sus labios al tiempo que Violet se tensa. Utiliza la mano libre para acariciarse los pezones, gimiendo y suspirando, pidiendo más, hasta que me sujeta contra su sexo mientras tiene un intenso orgasmo.

—Está bien esto de que Hailey nos haya dejado un día para nosotras —sisea cubriendo mi cuerpo con el suyo.

—No sabes las risas que se echaron su amiga y ella a nuestra costa, pero ha merecido la pena —reconozco, besando la punta de su nariz antes de recostarme en su pecho.

—Es que todo el día da para mucho —bromea acariciando mi pelo.

Capítulo 17

Lucy

Todo mi mundo deja de girar mientras observo el bote de pastillas escondido entre la ropa interior de Hailey. Mis manos tiemblan y estoy tan nerviosa que casi puedo sentir el frío plástico en mi piel.

Mierda, joder —murmuro entre dientes, pensando en las implicaciones que esto puede tener.

Me siento en su cama y escondo el rostro entre las manos. El aroma al champú de fresa que utilizó esta mañana antes de irse es un cruel recordatorio de su juventud.

Mi mente se pone de inmediato en movimiento, tratando de armar un rompecabezas que ni siquiera era consciente de que existía. Su repentina obsesión por la comida sin grasa. El hecho de que últimamente nunca tuviese ganas de comer o que pasase tantas noches en la casa de Zoe. El tono ligeramente más pálido en su piel que yo había atribuido a la intensidad de los entrenamientos.

¿Cómo he podido estar tan ciega?

El bote de pastillas se siente casi como una granada en mi mano. Quiero lanzarlo por la ventana, volver a esconderlo entre su ropa interior, fingir que nunca lo he visto. Pero soy su madre y no puedo ignorar el problema.

Alzo los ojos al cielo y se me escapan las lágrimas. Saco el teléfono del bolsillo y marco el número de la única persona a la que quiero escuchar en estos instantes. No me gustaría arrastrarla a este problema, pero no puedo seguir adelante yo sola. Es demasiado aterrador.

—¿Lucy? ¿Ocurre algo? ¿Está bien el tobillo de Hailey? —escucho al otro lado de la línea.

Trago saliva, intentando que mi voz no se quiebre antes de hablar.

—Yo... te necesito, Violet —susurro entre sollozos.

—¿Qué te ocurre? Me estás asustando.

—Es Hailey... acabo de encontrar un bote de pastillas para adelgazar. Estaban escondidas en el cajón de su ropa interior.

Escucho una brusca inhalación al otro lado y cuando Violet habla de nuevo, su tono ha cambiado. Hay un nuevo matiz en él, una mezcla de doctora y algo más.

—Estoy ahí en media hora. Si llega a casa no le digas nada todavía. Tenemos que abordar esto con cuidado y lo haremos juntas, ¿vale? No te voy a dejar sola. Espérame, solo espérame —repito antes de colgar.

La llamada se corta y me quedo sola. Sentada en la cama de mi hija, temblando. Con la evidencia del bote de pastillas para adelgazar en mi mano y un torrente de emociones recorriendo todo mi cuerpo.

Los siguientes treinta minutos son los más largos de mi vida. Camino de un lado a otro por la casa como un animal enjaulado. De tanto en tanto, entro en su dormitorio. Observo las fotografías, los trofeos.

Y lloro.

Lloro por esa niña que me mira sonriente en las fotos. Por esa adolescente que está dispuesta a hacer cualquier cosa por regresar a la competición en lo más alto... aunque eso

pueda significar un peligro para ella.

¿Cuándo se convirtieron los sueños de mi hija en una pesadilla?

El suave golpe de unos nudillos contra la puerta de entrada me saca de mis pensamientos. Corro escaleras abajo, abriendo de un tirón para encontrarme con Violet.

—¡Déjame ver esas pastillas! —ordena sin preámbulos.

Temblando, le entrego el bote y se me hiela la sangre al observar la expresión en su rostro.

—¿Tienes idea de cuánto tiempo lleva con estas pastillas? —pregunta preocupada.

—Me acabo de enterar ahora mismo.

—Lucy, esto podría ser bastante grave en el caso de que las consuma desde hace mucho. Estas pastillas tienen componentes que interfieren con la absorción de nutrientes esenciales y sabes que eso es crucial para su rendimiento y, sobre todo, para su recuperación. Ya no te quiero decir nada de que los estimulantes que contienen podrían aumentar la frecuencia cardíaca y la presión arterial. Hailey está poniendo en riesgo su salud —concluye.

—Pero... no lo entiendo. ¿Por qué lo está haciendo? En las pruebas para elegir al equipo olímpico pueden hacer control antidoping —mascullo negando con la cabeza.

—Seguramente, ganó algo de peso en las semanas que estuvo parada con la recuperación y ahora quiere acelerar la pérdida. Espero que sea eso y esto no venga de antes. Eso podría ser muy grave.

—¿Y arriesgarse a dar positivo en un control antidoping?

—Esa es la parte que más me preocupa. Algunos deportistas enmascaran los resultados con otros fármacos. ¿Crees que su entrenadora puede estar detrás de todo esto? —inquire, girando una y otra vez el bote de pastillas en su mano.

—Lo sé, pero no creo que su entrenadora esté al tanto de lo que ocurre. Solo... ¿Qué hago ahora, Violet? ¿Cómo no me di cuenta de esto antes? —pregunto, masajeándome la sien.

—Oye, no es culpa tuya. Mírame —indica, cogiendo mi barbilla entre los dedos para levantar mi cabeza—. Son cosas que pasan. Buscó el camino fácil, seguramente se encontraba vulnerable y alguna compañera le habló de esta posibilidad. Ahora, lo que debemos determinar es el alcance de todo esto. Si acaba de empezar, no hay demasiado problema. Si lleva tiempo tomándolas, la situación es más comprometida. Y todo depende de si está utilizando algún otro medicamento para enmascarar los resultados en caso de un análisis de orina.

—Pero, soy su madre. Debí haberlo visto —insisto con los ojos humedecidos.

—No, Lucy. Estas cosas no son fáciles de ver hasta que es tarde. Por suerte, creo que no hemos llegado a ese punto. Lo importante ahora es tratar todo esto con cariño y comprensión, pero también con firmeza. Hailey debe entender las consecuencias de lo que ha hecho. Y lo haremos juntas —agrega, sentándose a mi lado y rodeando mis hombros para atraerme hacia su cuerpo.

Capítulo 18

Lucy

—¿Puedes parar quieta? Me estás mareando. Deja de moverte de un lado a otro y por el amor del cielo, no te rasques más el antebrazo que ya lo tienes en carne viva —protesta Violet al observar que no consigo mantener la calma mientras esperamos a Hailey.

Ella se mantiene inmóvil como una estatua, aunque la forma en que frunce el ceño o el modo en que sus dedos se contraen ligeramente a sus costados me indican que está nerviosa.

—Es el futuro deportivo de mi hija lo que está en juego —me quejo—. Quizá también su salud.

—Lo sé —susurra, colocando la punta de sus dedos sobre mis labios—. Pero ponerte frenética no va a ayudar a Hailey. Necesitamos abordar la situación con toda la calma de la que seamos capaces.

—¿Calma? Está tomando pastillas para adelgazar delante de una prueba para elegir al equipo olímpico y vete tú a saber qué más. ¿Cómo quieres que mantenga la calma?

Violet está a punto de responder cuando escuchamos la llave en la cerradura. Se me hiela la sangre al verla, lleva la cola de caballo despeinada, la mochila con la ropa al hombro y sonrío al vernos sin ser consciente de lo que ocurre.

—Recuerda: con calma, pero firme —susurra Violet, cogiendo mi mano entre las suyas para apretarla ligeramente.

—¿Pasa algo? —pregunta Hailey, dirigiendo la mirada de una a otra. Su sonrisa inicial se torna rápidamente en sospecha—. Si queréis decirme algo, que sea rápido. He quedado con Zoe en una hora y antes quiero ducharme y arreglarme un poco.

—¿Y coger esto quizá? —ladro, manteniendo en el aire el bote de pastillas para enseñárselo.

Los ojos de Hailey se abren de par en par. Cruza los brazos sobre el pecho y toma una gran bocanada de aire antes de hablar.

—No sé lo que es eso —masculla, pero está tan tensa que es incapaz de disimular.

—¿No lo sabes? Pues estaba en el cajón de tu ropa interior —gruño.

—¿Has estado husmeando entre mis cosas? ¿Luego quieres que confíe en ti? Joder, mamá, eres lo peor. ¿Por qué tienes que arruinarme la vida de este modo? —chilla, tirando la mochila contra uno de los muebles del salón.

—Solo me preocupo por tu salud —interrumpo nerviosa.

—¿Así que ahora te preocupas por mi salud? Eso llega un poco tarde, ¿no? Cuando me obligabas a entrenar cinco horas diarias siendo una niña de seis años no te importaba tanto. Eso, a pesar de que me pasaba cada minuto de esas cinco horas llorando —protesta.

—Solo me preocupaba por tus sueños, esto no es justo.

—¿Mis sueños o los tuyos, mamá? Porque muchas veces parece que disfrutas más de mis victorias que yo misma. ¿Te da un estatus especial entre las otras madres?

—Bueno, vale ya. ¡Las dos! —exige Violet, alzando la voz y colocándose entre nosotras—. Vamos a calmarnos, ¿de acuerdo? Porque así no conseguimos nada. Hailey, necesito saber desde cuándo tomas esas pastillas y si estás utilizando algo más para enmascarar un posible análisis de orina en la próxima competición. Porque sabes que esas pastillas tienen

un componente muy alto de anfetaminas, ¿verdad? No me interesa de dónde las has sacado, solo dime desde cuándo las tomas y si consumes algo más.

—Las toman un montón de chicas —espetea y a mí se me para el corazón al escucharla—. ¿Necesitas que te detalle los efectos positivos o los has estudiado en la carrera de medicina?

—Hailey, lo que tú consideras efectos positivos a corto plazo como un aumento de energía, reducción del apetito, mejora en la concentración y en el rendimiento físico, son solo temporales al estimular el sistema nervioso central y potencialmente peligrosos.

—¿Tú sabes la presión que tenemos? Lo toma mucha gente. Si yo no lo hago les estoy dando una ventaja. Me juego mucho en esa competición —nos recuerda agitada.

—Lo entendemos y por eso estamos aquí. Queremos ayudarte —tercio, intentando con todas mis fuerzas mantener la calma para no ponerme a llorar.

—¿Ayudarme? ¿A despedirme de los Juegos Olímpicos? ¿De verdad, mamá? Me estás jodiendo la vida. Fuiste tú la que empezaste con todo esto y ahora que estoy a punto de lograrlo, me lo quieres quitar —bufa, negando con la cabeza y pegando una patada a una de las sillas, que cae al suelo.

—Hailey, ¿estás tomando algo más? De nuevo, no te voy a preguntar de dónde lo sacas, solo quiero evaluar el riesgo para tu salud —interrumpe Violet, mirándola fijamente.

—Probenecid —suspira.

—Probe... ¿qué? —inquiere temblando.

—Probenecid —responde Violet—. Es un medicamento que interfiere con la excreción renal y puede reducir la concentración en la orina de ciertas sustancias. En determinadas circunstancias podría enmascarar otros medicamentos, aunque en la práctica tampoco creo que fuese complicado detectarlo y pienso que los responsables de la federación no estarían muy contentos de encontrar un agente enmascarante. Esa no es su función y no debe usarse para eso.

—¿Lo detectarían? —pregunta nerviosa mi hija.

—Sí, Hailey, casi seguro que lo detectarían y tendrías que explicar por qué tomas un medicamento para la gota.

—Joder —suspira, dejándose caer sobre el sofá.

La casa se queda en un silencio mortal. El rostro de mi hija, ya pálido mientras hablaba con Violet, se torna ahora casi ceniciento mientras sus ojos se llenan de lágrimas.

—Lo siento —balbucea entre jadeos—. Lo siento mucho. Yo solo quería mejorar, llegar en plena forma a esa competición. Es la primera vez que lo hago, lo juro.

Mientras habla, todo mi mundo se derrumba. ¿Cómo hemos llegado tan lejos? Cada palabra me golpea como un tren de mercancías; anfetaminas, agentes enmascarantes, posible daño renal. Esto es un auténtico desastre.

—¿Lucy? Lucy, ¿me estás escuchando?

—Lo siento, Violet, ¿qué? —pregunto, volviendo a la realidad.

—Me gustaría hacerle algunas pruebas a Hailey en el hospital para descartar cualquier daño. Análisis de sangre, una ecografía de sus riñones, ese tipo de cosas. ¿Estás de acuerdo? —inquiere, alzando las cejas.

—¿Crees que es necesario?

—Me quedaría más tranquila.

Simplemente, asiento aturrida, secándome con la palma de la mano las lágrimas que ruedan por mis mejillas. Se me parte el corazón al ver a mi hija destrozada, desparrramada en el sillón, escondiendo el rostro entre las manos, consciente del error que ha cometido.

—Además de las pruebas físicas, sería conveniente acudir a algunas sesiones de terapia. En el hospital tenemos un psicólogo especializado en deportistas de alto rendimiento que tiene experiencia en el tratamiento de trastornos alimenticios.

—¿Trastornos alimenticios? —la corto—. Hailey siempre ha comido muy bien, le preparo una dieta perfectamente equilibrada y...

—Mamá, a veces me provocó el vómito si creo que estoy comiendo demasiado —admite, sin atreverse a mirarme a los ojos.

—Joder —suspiro, deseando borrar este día para siempre de mi memoria.

—Lucy, yo me encargo de todo, ¿vale? —propone Violet—. Te mantendré informada.

De nuevo, simplemente asiento lentamente con la cabeza, sin saber ni siquiera qué decir. Violet se sienta junto a Hailey, le explica los test que pretende hacer en el hospital y para qué necesita hacerlos. Aun así, piensa que no debería haber daños en su organismo debido al poco tiempo que ha tomado los medicamentos, pero le recuerda los peligros de realizar ese tipo de prácticas sin control médico.

Mi hija asiente mientras Violet le asegura que no es el fin de su carrera, ni mucho menos, tan solo un pequeño desvío. Un simple bache. Afirma que es casi seguro que la hubiesen pillado en un control antidoping y que hubiese sido mucho peor que no llegar al cien por cien. Finalmente, la abraza y mi hija llora en su hombro. Y, en ese momento, observando cómo Hailey se desahoga con ella, sé que es la persona con la que quiero estar el resto de mi vida.

Capítulo 19

Lucy

—Por favor, dime que Hailey está bien —ruego en cuanto veo a Violet salir con los resultados de las pruebas.

Ella sonrío y se acerca a mí con pequeños pasos para besar mi frente.

—Está todo bien, tranquila —admite bajando el tono de voz—. Si de algo ha servido llevarse este susto es para que se tome en serio que no puede automedicarse, y mucho menos para mejorar el rendimiento deportivo.

—¿Has hablado con ella?

—Tuvimos una buena charla, con bastantes lloros por el camino. Estaba muy asustada, pero creo que las cosas nunca estuvieron mejor entre nosotras —reconoce Violet con un guiño de ojo.

—Lo que tampoco es decir mucho, dado vuestro historial de discusiones —ironizo, poniendo los ojos en blanco.

—Es cierto. Pero quiero que me prometas una cosa, Lucy —interrumpe muy seria—. A partir de ahora, la salud física y mental de Hailey debe ser lo principal. Tómallo como una llamada de atención igual que ha hecho ella. Lo haremos juntas, estaré a tu lado todo el tiempo, pero, por muy importante que sea competir en unos Juegos Olímpicos, su salud a largo plazo lo es más. ¿De acuerdo?

—Por supuesto —suspiro.

—Y quiero que visitéis al doctor Nightman para unas sesiones de terapia. Tiene mucha experiencia, también trabajó con Anna Forling, la futbolista, y con otros deportistas de élite. A Hailey le vendrá muy bien, a las dos os vendrá muy bien —corrige, alzando las cejas.

La primera sesión de terapia es...incómoda por decir algo no del todo negativo. El doctor Nightman es un hombre menudo, de mirada penetrante y una voz tranquila. Toma constantes notas en un cuaderno, aunque a veces no sé si simplemente garabatea, fingiendo que toma notas.

Indaga en nuestra dinámica familiar sin presionar, pero de manera persistente y me remueve nerviosa sobre la silla cuando pregunta por mi divorcio con James.

Odio desenterrar esos momentos dolorosos que preferiría tener encerrados bajo siete llaves. Regresan a mi memoria los gritos, las riñas. La imagen de Hailey llorando, rogando que no nos peleemos más, antes de encerrarse en su habitación. Era tan solo una niña y muchas de nuestras discusiones giraban en torno a sus entrenamientos o al dinero que costaba mantener su ritmo de competición con viajes, entrenadores, fisioterapeutas, etc. Durante un buen tiempo, se culpó del divorcio a pesar de que ella no tuvo nada que ver.

Esos amargos recuerdos me hacen parpadear varias veces para contener las lágrimas.

—¿Lucy? —la voz del doctor Nightman me devuelve al presente, sacándome de una espiral de dolor que preferiría dejar atrás—. ¿Dónde ha ido tu mente justo ahora?

—Son...son recuerdos demasiado dolorosos —confieso, secando con la palma de la mano algunas lágrimas que ruedan por mis mejillas.

—Un divorcio nunca es fácil y más cuando hay hijos de por medio. Pero es importante

reconocer y procesar esas emociones, no enterrarlas —explica.

Desvió la mirada hacia Hailey, que parece muy interesada en enrollar y desenrollar su dedo índice en un hilo de sus pantalones, evitando cuidadosamente cualquier contacto visual tanto conmigo como con el psicólogo.

¿Cuánto daño le hemos hecho sin querer? ¿Qué parte de ese dolor supone todavía una carga para ella?

A medida que avanza la sesión, el enfoque cambia hacia los hábitos alimenticios de mi hija y, sobre todo, a la presión que siente por tener éxito. Llevamos unos días intentando que coma bien, vigilando de manera especial su alimentación, pero a veces resulta difícil. Inconscientemente, juega con la comida, como cuando era una niña.

Pero la peor parte viene casi al final.

—Hailey, ¿por qué haces gimnasia de competición? ¿Qué te impulsa a forzar a tu cuerpo al máximo durante varias horas cada día, incluso por encima del dolor físico y mental? —inquire el doctor Nightman, clavando sus pequeños ojos en ella.

Observo a mi hija inquietarse, se mueve nerviosa en la silla, cambia de postura. De pronto, silencio.

Denso e incómodo silencio.

—No es una pregunta difícil, Hailey —insiste el doctor Nightman—. ¿Qué te mueve a entrenar tantas horas, sometiendo a tu cuerpo a un esfuerzo casi sobrehumano?

Me mira nerviosa.

—No... realmente no lo sé —balbucea.

No puedo evitarlo y casi salto de la silla.

—Cariño, claro que lo sabes. Amas la gimnasia, es lo que siempre has querido hacer, desde que eras una niña pequeña que apenas podía hacer una voltereta.

El doctor Nightman levanta una mano muy serio para silenciarme y me quedo callada, esperando por una respuesta que debería ser muy sencilla, pero que no llega a salir de la boca de mi hija.

—Hailey, no pasa nada si no estás segura o no tienes una explicación clara. Es algo natural. Les ocurre a muchos deportistas. Tómate tu tiempo —aclara, escribiendo de nuevo notas en su cuaderno.

—Supongo que... Ni siquiera recuerdo por qué empecé. Mi madre dice que siempre me gustó, pero no creo haberlo pedido nunca. Simplemente, me llevaron al club de gimnasia, imagino que porque mi madre fue también gimnasta. Se me daba bien, mejor que a las otras niñas, ganaba competiciones cada vez más importantes y eso hacía que mi madre se sintiese orgullosa. Pronto, me di cuenta de que si perdía mi madre estaba triste y eso hizo que me esforzase cada vez más. Más tarde, todo siguió casi por rutina. Más horas de entrenamiento, más competiciones, más viajes a los que mi madre me acompañaba, aunque mi padre ya no estaba con nosotras.

Me quedo sin aliento al escucharla. Literalmente sin aliento. Se me acelera el pulso y ni siquiera puedo pensar con claridad. ¿Es eso lo que he enseñado a mi hija? ¿Qué su valor está ligado únicamente a sus logros deportivos?

—Hailey, eso no es así —la corto, agarrándome con tanta fuerza al reposabrazos de la silla que mis nudillos se quedan blancos—. Por supuesto que estoy orgullosa de ti, pero eso es independiente de si ganas o no. Yo...

—No, mamá —interrumpe, y por primera vez en la sesión sus ojos se llenan de lágrimas—. ¿Alguna vez me has preguntado si era lo que yo quería?

El despacho se queda en un silencio ensordecedor. Tan solo se escuchan los sollozos ahogados de Hailey. Permanezco quieta, paralizada, sintiendo como si cada una de sus palabras taladrara mi alma. ¿Realmente he estado tan ciega? ¿Me he enfocado tanto en mis sueños que no he considerado los suyos?

Solo quiero marcharme de aquí. Encerrarme en mi habitación y llorar hasta quedarme dormida.

Pero la voz del doctor Nightman corta la quietud del despacho y no me deja descansar.

—Lucy, ¿qué estás sintiendo ahora mismo?

Parpadeo en una lucha titánica por formar una respuesta coherente que no llega.

—No...no lo sé —balbuceo—. Me siento... culpable de algún modo, supongo. Hailey, yo nunca quise...

—¿Qué es lo que nunca quisiste, mamá? ¿Hacerme sentir que el amor de mi madre estaba condicionado a mi éxito? Porque tú eras lo único que tenía. Papá ya no estaba con nosotras y yo me culpaba por vuestro divorcio. Solo te tenía a ti. A una madre que era feliz si ganaba y se ponía triste si no lo hacía —responde, bajando la voz hasta convertirla casi en un susurro.

—Ni siquiera sé qué responder —confieso abatida.

—Mamá, no te culpo por ello, pero así es como me siento —admite, levantándose de su silla para darme un abrazo mientras sus lágrimas se confunden con las mías.

—¿Una sesión dura? —pregunta Violet cuando salimos del despacho del doctor Nightman.

—Ni siquiera tengo palabras para definirlo —reconozco, abrazándome a ella.

Para nuestra sorpresa, Hailey también se une al abrazo.

—Mamá acaba de ganar el premio a la peor madre del año —bromea, besando mi mejilla.

—Del siglo —corrijo, alzando los ojos al cielo.

—Eh, no seas tan dura contigo misma. Eres una buena madre, simplemente hay cosas que se pueden mejorar, como todo en esta vida. Has estado siempre ahí para ella —me asegura Violet, acariciando mi brazo con suavidad.

—Exacto, mamá. Lo que dije ahí dentro no es una crítica. Has estado siempre a mi lado y me has puesto por encima de tus necesidades. Simplemente, nunca me preguntaste si de verdad quería esto —añade mi hija, encogiéndose de hombros.

—¿Y lo quieres?

—No lo sé, mamá —suspira—. Ojalá pudiese decirte que sí, pero no lo sé.

Epílogo

Lucy. Ocho meses más tarde.

Mi corazón late tan fuerte que apenas puedo escuchar el rugido de la multitud. El olor, ese olor que me es tan familiar, flota hoy en el ambiente con una fuerza diferente. Ha llegado el momento. Me agarro al borde del asiento hasta que mis nudillos se quedan blancos, temblando.

Ahí está. El momento con el que he soñado toda mi vida. Hailey toma su posición inicial en la colchoneta, frente a las barras asimétricas y se me corta la respiración.

—Vamos, pequeña —suspiro, mordiendo nerviosa mi labio inferior—. Sé que puedes hacerlo.

Violet estira el brazo y coge mi mano entre las suyas. La aprieta con fuerza. Estoy tan asustada que casi había olvidado que estaba conmigo.

—Lo hará perfecto —susurra, apretando de nuevo mi mano.

—Joder, ¿habéis visto a la entrenadora de las francesas? Pedazo de mujer —murmura Arya, sentándose a nuestro lado con una Coca-cola de tamaño gigante.

Por suerte, se queda callada en cuanto se da cuenta de la mirada asesina que le dedico.

Hailey se asemeja a la concentración en estado puro. Aprieta la mandíbula con la mirada fija y esa expresión de determinación absoluta que conozco tan bien. La misma que tenía cuando dio sus primeros pasos en la gimnasia, la que tenía cuando ganó su primera competición a los seis años. Aquel día me dijo que un día sería la mejor gimnasta del mundo. Estar aquí, ya es algo que muy pocos deportistas pueden decir.

Ahora, su sueño, nuestro sueño, se desarrolla en directo ante nosotras.

Se hace un breve silencio cuando levanta el brazo, señalando que está lista para comenzar. Contengo la respiración y el tiempo parece detenerse por completo, como si alguien hubiese robado el oxígeno del pabellón deportivo.

Toma una gran cantidad de aire y lo deja salir de golpe mientras salta hacia la barra baja. Sus manos se aferran con fuerza y el magnesio se extiende flotando a su alrededor, como si fuese a cámara lenta.

Escucho el sonido rítmico de su cuerpo golpeando las barras. Cada giro, cada movimiento, posee una precisión absoluta. Observo cómo sus músculos se tensan al hacer la transición de una barra a otra. Su rostro no cambia, aguanta el esfuerzo sin dibujar ni una sola mueca.

A veces, cuando se ve por la televisión, pensamos que estas gimnastas consiguen hacer sus rutinas con la facilidad de una diosa, que son bendecidas por una genética especial. No nos damos cuenta de la tensión en cada uno de sus músculos, de la fuerza que debe soportar cada ligamento. Tampoco de las miles de horas de entrenamiento. Del sudor, del sufrimiento, de las lágrimas. Todo para brillar en un ejercicio que se acaba antes de un suspiro.

Realiza un giro doble y mi corazón se detiene. Un aterrizaje perfecto en la barra alta consigue que pueda respirar de nuevo. El público aplaude, pero yo no escucho nada, tan solo el sonido de las manos de mi hija impactando contra las barras.

Gira, sus piernas se extienden en una división perfecta y casi puedo sentir la tensión en

mi propio cuerpo, como si estuviese allí abajo, haciendo el ejercicio junto a ella.

Cuando se prepara para el desmonte final, contengo de nuevo la respiración. Vuela por el aire, gira, el tiempo se detiene hasta que sus pies tocan el suelo. Firme. Segura. Perfecta.

Alza los brazos, sonrío y yo rompo a llorar.

Busca mi mirada entre el público y cuando nuestros ojos se encuentran, siento un cariño incondicional que va mucho más allá del orgullo de ser su madre. En este instante, todos los sacrificios, todo el dolor, los nervios...desaparecen sustituidos por una alegría infinita.

—¡Buah, es la puta ama, joder! —chilla Arya, ganándose un codazo en las costillas por parte de Patricia, que tiene una paciencia enorme con ella.

Al mudarse Violet a nuestra casa, hemos empezado a salir con frecuencia con Arya y su mujer. Su hija de siete años, “mini Arya”, está loca con la gimnasia desde que conoció a Hailey, así que decidieron tomarse unos días de vacaciones con la niña y el hijo de Patricia y así ver los Juegos Olímpicos. Aunque Liam está más interesado en las propias gimnastas y, a veces, Arya en alguna entrenadora.

Cuando sale la puntuación, nos abrazamos y gritamos como si fuésemos adolescentes en su primer concierto de algún grupo famoso. Arya grita de nuevo algo que probablemente sea inapropiado para el entorno, pero tan solo consigue sacarme una sonrisa.

Hailey se abraza a sus compañeras. Lloran, saltan, ríen en una maraña humana de maillots rojos, blancos y azules. Puede que tan solo se haya clasificado para la competición por equipos y que el entrenador haya decidido que solo participaría en barras asimétricas, pero esto es lo más grande que he vivido jamás si exceptuamos el momento en que la pusieron sobre mi pecho nada más nacer.

—Dentro de cuatro años será la estrella del equipo —me asegura Violet, acercándose a mí para besarme.

—Te das cuenta de que pronto se marchará a la universidad, ¿verdad?

—La casa se sentirá vacía sin ella —añade Violet.

—Bueno, tortolitas, basta de lagrimeo, tenemos que felicitar a la campeona —corta Arya, que parece que se ha tomado quinientos cafés esta mañana.

Nos abrimos paso hacia la zona común del pabellón y las gimnastas ya están allí, felices, sonriendo, esperando a sus familias. Me abrazo a mi hija, su rostro sonrojado por el esfuerzo y el calor. Reímos y lloramos al mismo tiempo.

—Lo has conseguido, cariño —susurro mientras beso su mejilla una y otra vez.

—Mamá, me estás poniendo en ridículo delante de todo el equipo. Bastante duro es ser la más pequeña como para que vengas a tratarme como a una niña —protesta, aunque la sonrisa en sus labios me dice que no le importa en absoluto.

—Enhorabuena, campeona —saluda Violet, acariciando su espalda.

Hailey se suelta de mi abrazo y se gira hacia ella.

—Gracias por todo —suspira—. Mi madre no podría haber elegido una pareja mejor que tú para completar su vida —añade, consiguiendo que me ponga a llorar de nuevo.

—Venga, venga, nada de lágrimas. Foto de grupo —interrumpe Arya, enfocándonos con su teléfono móvil.

Y mientras miro a la cámara, observando la sonrisa radiante de mi hija, sintiendo el brazo de Violet rodeando mi cintura, el bullicio desaparece a mi alrededor. Es una sonrisa que habla del triunfo sobre el dolor, de sueños renacidos. De nuestro futuro brillando más que cualquier medalla olímpica.

Violet me acerca a su cuerpo y, en ese momento, comprendo que la verdadera victoria no

está en el podio, sino en el viaje que nos ha llevado hasta aquí. Un tobillo lesionado, las ilusiones de mi hija truncadas, semanas de desesperación, me condujeron a la mujer con la que espero compartir el resto de mi vida. Violet se ha convertido en una parte fundamental de nuestra familia, una segunda madre para Hailey. Sé que estará ahí, para ella, pase lo que pase. Y eso es mucho más valioso que cualquier triunfo deportivo.

Otros libros de la autora

Tienes los enlaces a todos mis libros actualizados en mi [página de Amazon](#).

Si te ha gustado este libro, seguramente te gustarán también los siguientes: (Y por favor, no te olvides de dejar una reseña en Amazon o en Goodreads. No te lleva tiempo y ayuda a que otras personas puedan encontrar mis libros).

Trilogía Hospital Watson Memorial

Pueden leerse de manera independiente ya que cada libro sigue a una pareja distinta. Comparten algunos de los protagonistas y el hospital con el libro que acabas de leer.

“Doctora Stone”

Versión Kindle y Kindle Unlimited <https://relinks.me/B0C3Y7R7MF>

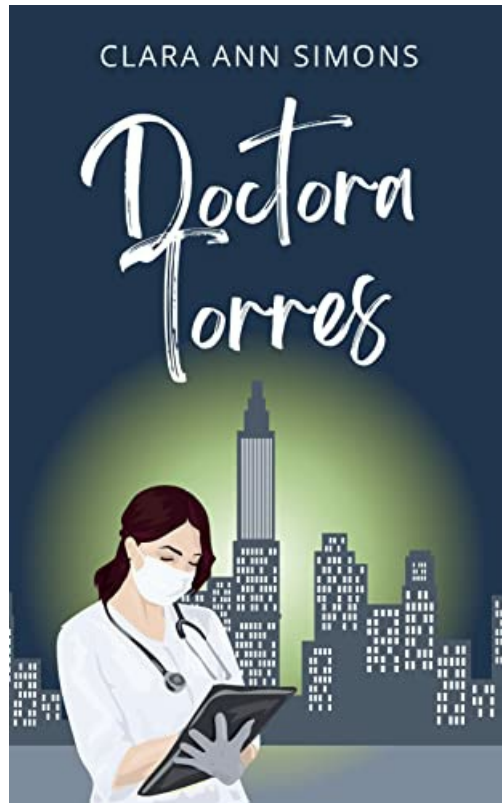
Versión en papel <https://relinks.me/B0C9SLYKZZ>



“Doctora Torres”

Versión Kindle y Kindle Unlimited <https://relinks.me/B0C3Y7BY1P>

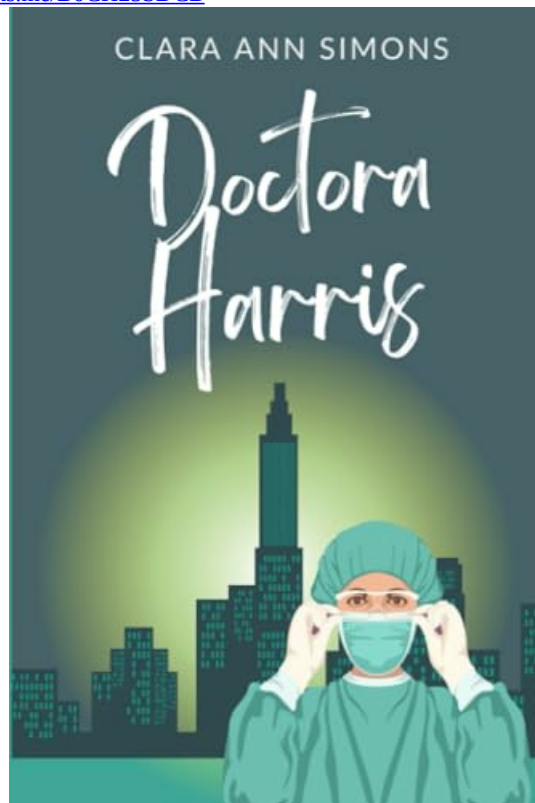
Versión en papel: <https://relinks.me/B0CF48S7MN>



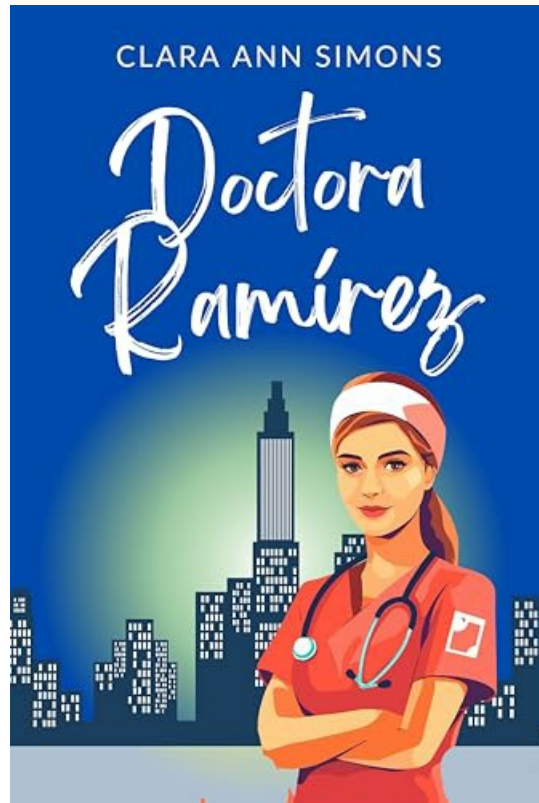
“Doctora Harris”

Versión Kindle y Kindle Unlimited <https://relinks.me/B0C3Y72YY7>

Versión en papel <https://relinks.me/B0CH25SDCD>

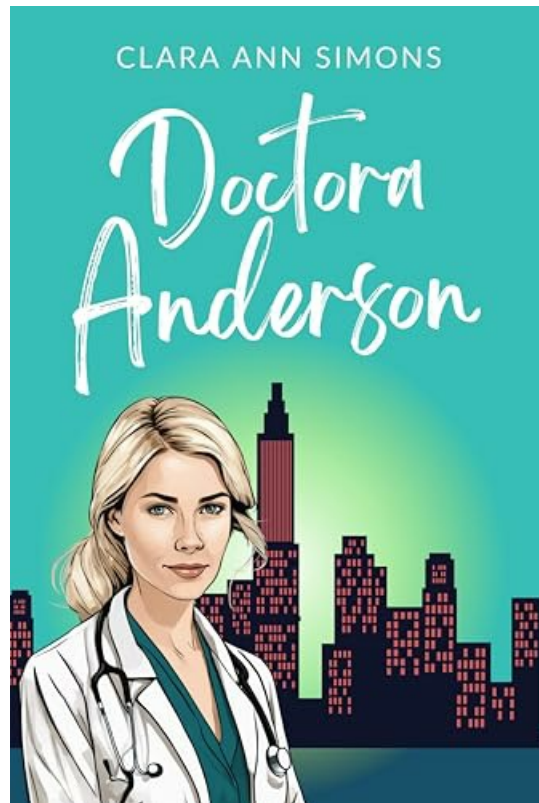


Doctora Ramírez



Versión Kindle y Kindle Unlimited <https://relinks.me/B0D3GKJSRL>

Doctora Anderson



Versión Kindle y Kindle Unlimited <https://relinks.me/B0D5C5S3G8>

Bajo una estrella fugaz

Versión Kindle y Kindle Unlimited <https://relinks.me/B0CPQY6XMM>

Versión en papel <https://relinks.me/B0CPTCVNGC>



“Las cartas perdidas de Sara Nelson”

Versión Kindle y Kindle Unlimited relinks.me/B0CKL9LJW4

Versión en papel <https://relinks.me/B0CKL9LJW4>

